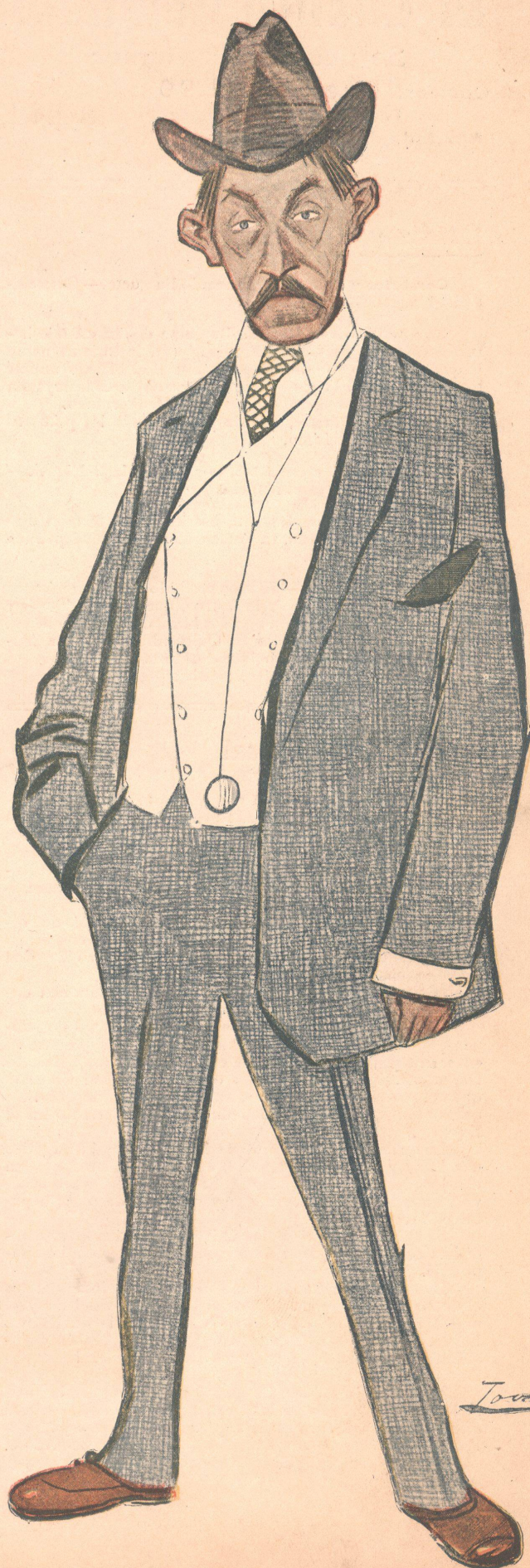


El Cuento Semanal

DON CLAUDIO ≡

NOVELA POR **ANTONIO**
PALOMERO = ILUSTRA-
CIONES DE A. DURÁ □□

30 Cents.



El Cuento Semanal

Se publica los viernes

Oficinas: Fuencarral 90 }
Teléfono 2054 } Madrid
Apartado de Correos núm. 409 }

AÑO I - 20 Septiembre 1907 - N.º 38

Precios de suscripción:

Madrid y provincias: Trimestre 3,25 pesetas.

Semestre 6 pesetas. Año 11.

Extranjero: Semestre 10 pesetas. Año 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos

Libros y Revistas

Corsarios y piratas, por Ricardo Burguete. — Casa editorial Maucci. Barcelona.

En este libro, que Ricardo Burguete dedica «A mis heroicos soldados de Cuba y Filipinas» (dedicatoria tierna en la que hay como un miraje de juventud), el bizarro militar liga hábilmente á la historia de las islas Baleares la leyenda hazafiosa de los corsarios y piratas del Mediterráneo.

Es una obra fuerte, que despierta, desde las primeras páginas, interés vivísimo.

El cantor de los castillos, por Jaime Martí-Miquel. — Ginés Carrión, impresor. Madrid.

Los versos, correctamente escritos, que forman este libro constituyen una nueva prueba de la fertilidad poética del Marqués de Benjú.

Flores Cordiales. — Hemos recibido el primer número de este interesante semanario festivo, que ilustran Tovar y *Karikato*, y donde colaboran Carlos Miranda, Dionisio Pérez, Eduardo Zamacois, Gonzalo de Quirós, Félix Méndez, Manuel Machado y otros conocidos escritores.

Deseamos al nuevo colega muchas prosperidades.

La Semana Teatral

Realmente, la verdadera temporada teatral no ha empezado. Autores y empresarios son ambiciosos; unos y otros aguardan á que los fríos del otoño comiencen y con ellos vuelvan á la corte los millares de madrileños que todavía andan diseminados por playas y balnearios. De consiguiente, las pavorosas «noches de estreno» no han comenzado aún.

Si nuestros informes son fidedignos, la compañía que dirige Emilio Thuillier, y de la que forma parte principalísima Rosario Pino, comenzará sus ensayos en el teatro Español de un momento á otro.

Dicen que Pérez Galdós, Benavente y Dicenta han engregado ya las obras que tenían ofrecidas.

Dicen también que la empresa había hecho proposiciones á la Sra. Ferri. Pero esta última noticia debe ponerse en «cuarentena», por razones que el discreto lector adivinará fácilmente. ¿Incompatibilidades de telón adentro? Creemos que no, porque los verdaderos artistas no se «muerden». De todos modos, estamos ciertos de que Ana Ferri no irá al Español.

La que sí irá al teatro de la Princesa (¡y ojalá realice una larga y próspera campaña!) es Carmen Cobeña, y con ella Josefina Alvarez, Morano, Ricardo Manso, Ricardo Calvo y otras actrices y actores muy queridos de nuestro público. Veremos...

Se habla de que Federico Oliver ha terminado una lindísima comedia, y que su estreno será el primero de la temporada.

De todos los estrenos anunciados, el más inminente es el de *La alegre trompetería*, zarzuela que Antonio Paso y el maestro Vicente Lleó han llevado al escenario de Eslava. Para la nueva obra se han pintado tres decoraciones vistosísimas, á las que los fantásticos *deshabillés* de las tiples darán gran realce.

En Eslava se estrenarán también un arreglo de la antigua zarzuela *Orfeo en los infiernos*, con el título de *¡Anda, la diosa!* Después *El trust de las mujeres*, por Capella y Mingo Revulgo, y *Todos somos unos*, sainete de Jacinto Benavente.

Por ahora, en los «saloncillos» no se sabe más.

Consultorio Grafológico GRACHTNER

(Véase el núm. 3.º de nuestra Revista.)

Respuestas

Una menegilda. — Por lo pronto, debo manifestarle á usted que si su seudónimo corresponde á su verdadera profesión, se han lucido sus señoritos, pues entre la poca maña para los quehaceres domésticos y los celos que leo en su grafismo, los días que esté usted de monos con su novio — supongo ya habra usted buscado sustituto al del acordeón — romperá usted más vajilla que se rompe en *La Hostería del Laurel*.

Salude en mi nombre al Chipilin.

Valkenburg, Zaragoza. — Inteligencia muy clara; educación moral muy cuidada; desconfianza excesiva; bastante facilidad para expresarse en la conversación con términos escogidos; gran generosidad para con los otros y para consigo mismo; ninguna expansión; conciencia más bien estrecha, pero sin escrúpulos; salud bien equilibrada; algo de orgullo.

Anita F., Barcelona. — Sensibilidad que se domina; la cabeza manda sobre el corazón; voluntad pacienzuda; bastante lógica; propensión á los celos; aptitudes organizadoras; salud algo delicada; buen grado de inteligencia; generosidad bien entendida; sentimiento de la justicia y del deber; educación seria y severa.

Maria Estuardo. — Si desde la fecha en que me escribió usted no se ha verificado el matrimonio de que me habla en su carta, sólo puedo aconsejar á los novios que no precipiten los acontecimientos; la paciencia en este delicado asunto será para ellos una garantía de felicidad.

He aquí los rasgos principales de su carácter:

Naturaleza apasionada y tierna; temperamento material; salud vigorosa; mucha prudencia; generosidad prudente; voluntad dulce y sumisa; desvelo que quiere ser correspondido; conciencia bien equilibrada.

Lila, Madrid. — Afición á discutir exagerada; voluntad enérgica; inteligencia clara y buena memoria carácter nada expansivo y bastante prudente en sus negocios; generosidad bien entendida; algo de egoísmo; amor al *confort*; carácter vivo y bastante alegre; tendencias progresivas; es usted un luchador por la vida, resuelto y temible; buena salud y temperamento sanguíneo.

A. H. G. Solana, Madrid. — Sensibilidad apasionada; actividad física casi febril; gran facilidad para expresarse; amabilidad en el trato social; espíritu algo acaparador; gran deseo de ganar dinero; desconfianza; espíritu fino y hábil; carácter que se entusiasma fácilmente; corazón bondadoso; formulismo; buen grado de inteligencia; voluntad que quiere dominar por el encanto poderoso de la seducción.

Nadie, Madrid. — Naturaleza excesivamente susceptible; amor al dinero; temperamento muy nervioso y algo bilioso; voluntad dominadora y tenaz, con accesos de violencia; afición por la buena comida; carácter muy expansivo; bastante lógica; buen gusto artístico.

Retratos al óleo, desde 15 pesetas.

35 x 50 cm. Lecc. dib. y pint., 10 ptas. Iluminaciones. Alcalá, 12, 2.º

CHAMPAGNE BINET

REIMS

SUPERIOR Á TODOS LOS DE IGUAL PRECIO



DON CLAUDIO

I

DURANTE el mes de Junio de 1883 realicé varios actos, que si entonces me parecieron sencillos, hoy, acaso engrandecidos por la distancia, me resultan verdaderamente heroicos. Tanto, que ahora sería incapaz, no ya de darles victorioso remate, pero ni siquiera de acometerlos, si por desgracia me viese otra vez en tan duro y ominoso trance.

Las personas discretas sabrán apreciar, desde luego, mi heroísmo con el solo testimonio de esta declaración: por aquellos días me examiné, una tras otra, de las cuatro asignaturas correspondientes al quinto año del bachillerato, Física y Química, Historia natural, Fisiología é Higiene y Agricultura. Materias todas ellas, como puede suponerse, interesantes, amenísimas y muy á propósito para conquistar y retener la atención de un muchacho de pocos años; pues no eran muchos los míos cuando las estudiaba, según documentos oficiales que no puedo poner en duda...

Debo añadir, para que se comprenda mi heroicidad en toda su amplitud, que en las cuatro asignaturas obtuve la honrosa calificación de sobresaliente, y que alcancé también los respectivos premios en pública y reñida oposición... ¡Cuatro premios!... Cuando, al inaugurarse el siguiente curso, el señor secretario del Instituto del Cardenal Cisneros leyó mi nombre y después la lista de mis méritos, el público que llenaba el



Paraninfo de la Universidad Central rompió en una calurosa salva de aplausos, mientras yo recogía el correspondiente laurel en forma de diplomas — que hoy yacen pálidos en la pared de mi cuarto ropero — mas unos libros medianamente encuadrados, que por cierto he vendido hace poco, después de arrancar sus expresivas dedicatorias. Aquellos aplausos sonaron dulcemente en mi cora-

zón, y hoy quiero dar las gracias desde este sitio á sus generosos donantes, aunque reconozco que he retrasado un poco el cumplimiento de este deber de gratitud. También deseo declarar, no sin temor á parecer atacado de una inmodestia retrospectiva, que al conseguir mis excelentes notas me creí casi un genio de las ciencias físicas y naturales, así como de las ciencias exactas me lo había creído en años anteriores al obtener calificaciones análogas en Aritmética y Álgebra y en Geometría y Trigonometría.

Mi familia y los amigos de casa eran de la misma opinión. Y como además de mi indudable aprovechamiento en tales estudios manifesté siempre un positivo desapego por las asignaturas del otro grupo — las Historias, la Psicología y la Retórica — todos creían, y yo con ellos, que mi rumbo estaba clara y definitivamente marcado. En vista de lo cual, llegada la

hora de elegir carrera, no vacilé un solo instante. Me matriculé en la Facultad de Derecho.

Como supongo que todo el mundo habrá sido en su infancia un precoz, y como tal celebrado en el hogar, lleno de su incipiente gloria, no creo que nadie se molestará porque yo recuerde la alegría de mis padres y de todos mis parientes en aquella ocasión memorable. Fuí considerado como un sér excepcional, se me colmó convenientemente de abrazos, besos y exclamaciones de cariñosa admiración; y algunas familias íntimas de la mía presentáronme por modelo digno de imitarse á sus tiernos vástagos, los cuales me miraban con

discreta y comedida rabia. Además, estuve en posesión de unas cuantas pesetillas para convidar á mis compañeros á pasteles y vino generoso en la pastelería, ya clásica por entonces, situada frente á la Universidad; y á pesar de mi poca estatura, estrené el primer traje de pantalón largo. Y mi padre, sin saber que yo le oía perfectamente, declaró ante unos amigos que fueron á felicitarle por mis éxitos, que estaba muy orgulloso de su hijo y segurísimo de que iba á ser un hombre de gran talento. Declaración que yo suscribo ahora y que defenderé siempre, por respeto á su memoria, para mí sagrada, venerable.

Acaso envanecido con tantos y tan unánimes elogios, y seguro de mis propias fuerzas, quise entonces rematar mi hazaña estudiantil presentándome á sufrir el examen en los dos ejercicios indispensables para obtener el codiciado título de bachiller. Ciertamente para ello necesitaba hacer un verdadero esfuerzo, dedicado al repaso de todas las asignaturas, pero como sólo tenía olvidadas las de letras, y en éstas me serviría mi memoria, confiaba en salir airoso del nuevo empeño. Mi padre lo creyó oportunísimo y conveniente, pero mi madre se opuso con verdadero tesón, temerosa de que me costara alguna enfermedad aquel mi desmedido afán por el estudio. . . ¡Me había visto trabajar tanto aquella temporada! Bien que la pobre pasaba tan malos ratos como yo, vigilando constantemente mis afanosas veladas. No se acostaba nunca sin hacer antes una visita á mi cuarto, donde yo ya me había reclinado apenas terminada la cena, á prevenirme todo lo indispensable para mi seguridad y el buen orden de los estudios. Revisaba entonces la maquinilla del café, por si no tuviera bastante espíritu ó estuviese el moka mal molido; inspeccionaba la lámpara, bajando un poco su torcida para que la mucha luz no me molestase tanto la vista; mullía los colchones y las almohadas del lecho, poniéndome en el sillón una de ellas, para mi comodidad, cuando yo lo olvidaba. Y siempre me decía cariñosamente: «pero hijo, ¿por qué no te acuestas?», convenciéndose á duras penas de la necesidad de mi velada, que yo la presentaba como indispensable. A veces, al entrar, tenía que darse por enterada del humo excesivo que flotaba en la habitación, haciendo su atmósfera poco menos que irrespirable. En la fiebre del estudio, me había excedido en el consumo de los cigarrillos, extraídos naturalmente de la petaca paterna, y la falta estaba á la vista. Pero en aquel momento, ella no se atrevía á reprenderme por la compasión que la inspiraban mis esfuerzos. Limitábase á decirme, con un tonillo suavemente irónico: «¡Parece que ese quinqué hace demasiado humo!» . . . Yo me sonrojaba un poquillo y asentía á esa excusa que parecía buscada por mí mismo. . . Luego, al poco rato de acostarse, se levantaba y venía de puntillas hasta la puerta, para ver si me había rendido el sueño; repitiendo la inspección dos ó tres veces cuando menos, y diciéndome, todas ellas con solícita ternura: «¡Te debías acostar! ¡Vas á quedarte frío!» . . . Algunas noches me sorprendía con la cabeza reclinada sobre el libro, dormido, fatigado, y por sus propias manos me conducía al lecho. . . Puede decirse que pasaba tan malos ratos como yo, ó quizás peores. . . Y cuando considero que aquellas marchas forzadas por los senderos de la

ciencia y las que emprendí después en los años universitarios, tenían por causa la falta de orden en el estudio durante el curso y el afán de ganar en quince días lo perdido en ocho meses, siento un terrible remordimiento. . . ¡Siempre para rectificar nuestros errores tenemos necesidad de martirizarnos y de martirizar también á los seres queridos que nos rodean! . . .

II

Triunfó, pues, la ternura maternal, apoyándose en toda clase de razones sentimentales, y quedó por lo tanto decidido que yo no hiciera mis ejercicios del grado hasta el mes de Septiembre. Para atajar mis deseos mi padre esgrimió esta razón que á él mismo le había convencido más que ninguna otra; yo estaba bien preparado en las asignaturas de ciencias, mas no así en las de letras, donde era de temer un fracaso que echaría un borrón en mi brillante hoja de estudios. Nada me costaba dedicar el verano á prepararme, y así podría comparecer ante el tribunal sin el menor cuidado.

Contribuyó en gran parte á esta decisión, una circunstancia verdaderamente providencial. En el piso segundo de nuestra misma casa hallábase establecida nada menos que la «Academia Moderna», institución dedicada con tan pomposo título á la cría y reproducción de los modestos servidores de los simpáticos Cuerpos de Correos, Telégrafos, Aduanas, Comercio. . . ¡qué sé yo cuántos más! Había también clases de francés, repaso de asignaturas sueltas y preparación para el grado de bachiller. . . Allí podía yo dedicarme al repaso y ponerme en condiciones de alcanzar el título, con toda comodidad y eficacia. Porque, además de vivir junto á la fuente de la enseñanza, una razón de indudable fuerza me aseguraba el provecho de sus aguas: dirigía la «Academia Moderna» un señor, antiguo amigo, compañero y hasta creo que paisano del autor de mis días, llamado don Claudio Berlanga y Sánchez de las Rozas. ¿Dónde mejor podría yo adquirir la robustez académica indispensable para resistir los ejercicios del bachillerato? ¡A la «Academia Moderna!» Que don Claudio me trataría con la especial predilección que se debe al hijo de un viejo camarada. . .

Un año hacía que éramos vecinos. Y cuando al mudarse allí don Claudio nos pasó la tarjeta de ofrecimiento, según costumbre tradicional, mi padre exclamó con alegría, después de leer y releer el nombre impreso en la cartulina:

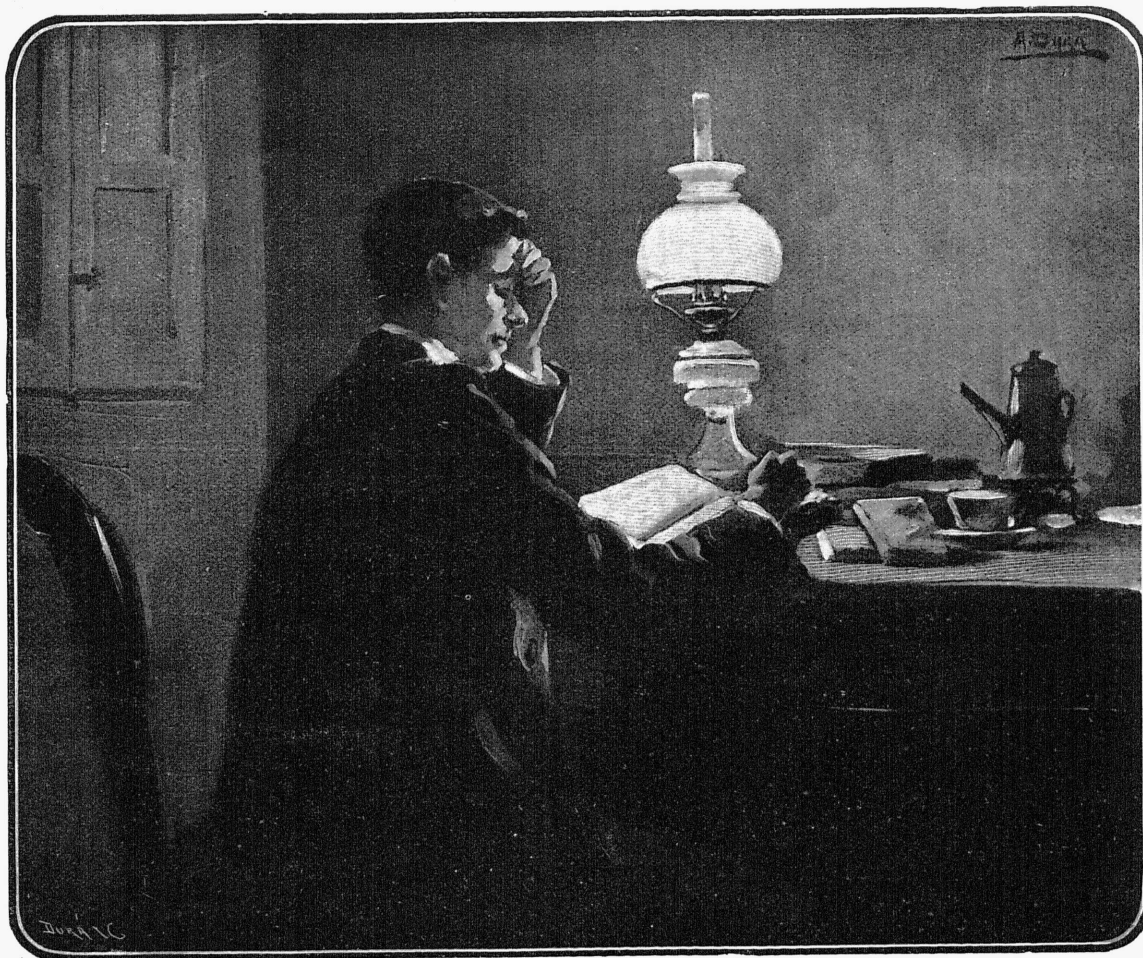
— ¡Pero será posible! . . . ¡Sí, él es; no cabe duda! . . . Claudio Berlanga y Sánchez de las Rozas. . . ¡No puede ser otro! . . .

Supimos entonces que se trataba de un hombre casi célebre en sus tiempos; fogoso orador, buen literato, periodista de combate y terrible conspirador en la época revolucionaria, por lo que se vió á veces en peligro de perder la vida y estuvo preso y comió algunos años «el negro pan de la emigración». Y ¡oh ingratitud humana! De nada le sirvieron tantos sacrificios, pues por toda recompensa fué únicamente gobernador de una modesta provincia, y eso por poco tiempo. Antes de su esplendor político, en los días de sus locuras, cometió la mayor de todas: se casó con una actriz

algo popular en los Bufos y á quien él, enamorado y por lo tanto ciego, había redimido para siempre con el matrimonio; pues no es el bautismo el único sacramento que sirve para borrar el pecado original. . . ¡Cosas de aquellos tiempos! . . . Porque en el inolvidable período romántico, lleno de fe, rebotante de entusiasmo, pletórico de lirismo, los ideales no perdían su pureza al contacto de las impuras realidades. . . Y así el arte llegó en los Bufos á su más franca libertad, y la libertad pudo parecer en ocasiones un poco bufa. . .

Claro es que estos comentarios los hizo mi pa-

establecer una Academia para ayudarse, pues con el sueldo le era imposible atender al decoro de la familia. No es que la suya fuese muy exigente, pero sí gustaba de vivir con el modesto rango que corresponde á las personas que han ocupado cierta posición en el mundo. La Academia llevaba algún tiempo de vida y su prosperidad iba en aumento. Contaba con un profesorado competente, y él, por su parte, trabajaba mucho explicando una porción de cosas que al principio tuvo que estudiar antes que sus alumnos. Prefería, sin embargo, las lecciones de francés y regentar aquellas



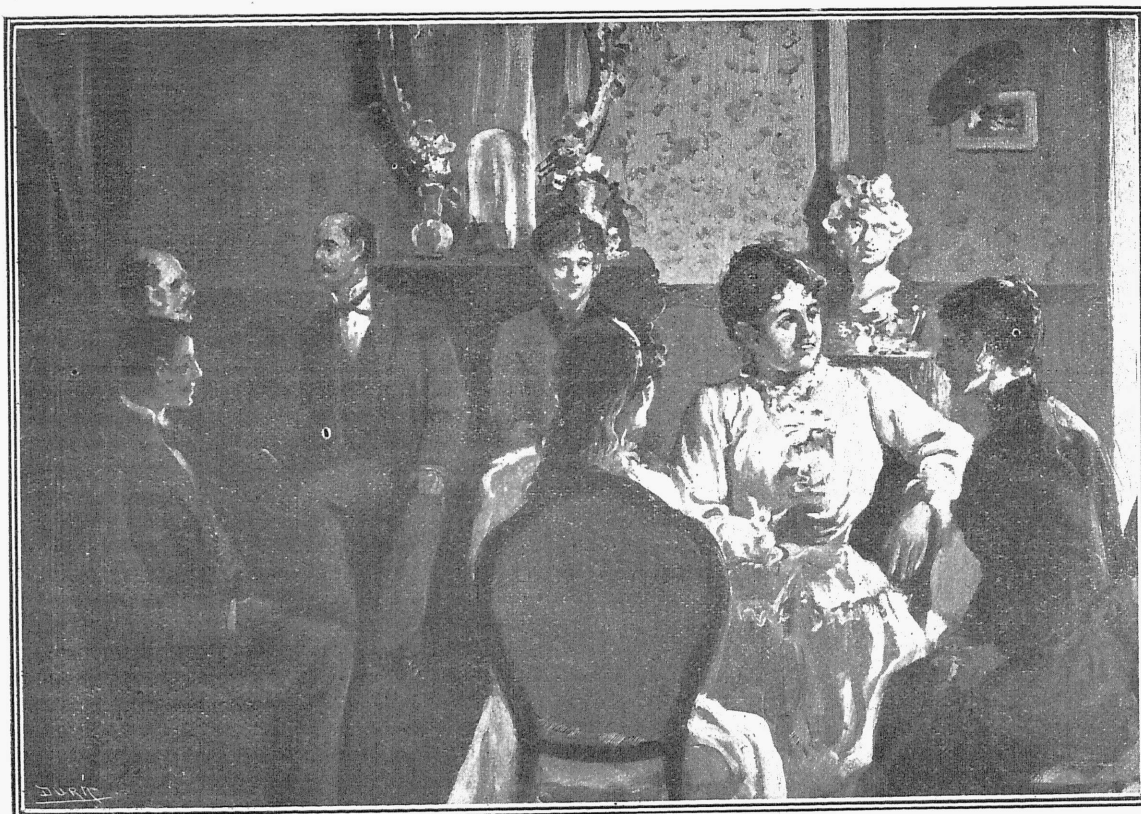
dre, pues yo no tenía entonces edad á propósito para tan transcendentales observaciones. Pero doy gracias á Dios, que me ha conservado la memoria, y con ella el recuerdo de tan lejanas palabras y de todas estas cosas, ¡ay!, ya demasiado distantes. . .

Era, en efecto, Claudio, el antiguo y buen amigo Claudio, aquel señor Berlanga y Sánchez de las Rozas que ahora se aparecía de improviso después de tantos años de ausencia. En mil apuros, trabajos y andanzas de todo género, se vió al perder para siempre las ilusiones políticas y las seguridades del triunfo, y al buscar una manera de rehacer la vida. Por fin paró en Barcelona, empleado en una Sociedad de Seguros, la que al ensanchar sus negocios y establecer una sucursal en Madrid, aquí le envió por acuerdo del Consejo. Y como en la corte la vida es más costosa, él había decidido

clases que le recordaban sus antiguos entusiasmos.

Este pequeño compendio de la vida de don Claudio en sus últimos años, aunque con más detalles de los que aquí aparecen, nos lo explicó el mismo interesado. El cual bajó á nuestra casa después que mi padre estuvo en la suya identificando su persona y refrescando el recuerdo de las hazañas juveniles. Y como ya era cosa indudable el refrendo de tan vieja amistad, á la noche siguiente acudió á cumplir la promesa de presentarnos á su esposa doña Juana y á sus hijas Lola y María, dos muchachas de diez y ocho y catorce años de edad, respectivamente.

La visita fué larga, y en ella los dos amigos pasaron revista á los tiempos en que vivieron casi juntos en Madrid, hermanados en aventuras de todo género. Era don Claudio un hombre cincuen-



tón, pero no mal conservado á pesar de las canas abundantes en su escasa cabellera y en el recio y regular bigote. Por su frente espaciosa y por sus ojos fríos y abultados, dijérase que flotaba una sombra de cansancio, que contribuía á su seriedad eterna, inamovible, dándole cierto aspecto de personaje. ¡Nunca se reía! Sonreíase á lo sumo ligeramente, pero con parsimonia y circunspección, como si no quisiera descomponer su figura. Recordaba algunos detalles, refería lances diversos ó comentaba sucesos íntimos relacionados por él con la Historia de España, de una manera doctoral, en absoluto impropia. Varias veces estuve á punto de reír descaradamente, oyéndole contar las cosas más insignificantes con un tono enfático que se despegaba por completo del relato. Y casi siempre se refería á él mismo, como si nada de lo ocurrido á los demás mereciera la pena de contarse. Lo que más me chocaba — y por ello también necesité contener la risa — era que don Claudio refería á cada paso un suceso que á mí me parecía fantástico, maravilloso; y que todos iban precedidos de estas palabras, dichas con aire de suficiencia:

— «Por cierto que... estando yo de gobernador en Huesca...»

¡Todo él se engrandecía en tales momentos! Su tono era más solemne que de costumbre y sus ojos se animaban un poco con una ráfaga brillante...

Y también cuando su interlocutor traía á sus recuerdos cualquier historia vieja, ó le interrogaba sobre tal ó cual otra relacionada con ellos ó con sus amigos antiguos, don Claudio refería inmediatamente una parecida, prolongándola siempre con las mismas palabras:

— «Por cierto que... estando yo de gobernador en Huesca...»

Esto me hizo pensar, con una precisión muy lógica en un buen alumno de Matemáticas, que aquel señor localizaba todos los hechos de su vida en la simpática ciudad, un tiempo bajo su mando... Y aun que, para él, la Historia Universal no tenía más que una época verdaderamente importante: la breve de su autoridad política.

Mientras tanto, doña Juana, formando grupo aparte con mi madre, la contaba con fácil, animada y pintoresca palabra, sabe Dios cuántas cosas, aunque todas ellas relacionadas, naturalmente, con su actual posición, con los apuros antiguos y modernos, y con las esperanzas fallidas de un porvenir espléndido... ¡Ya no había que pensar en esto!... Forzoso era resignarse al mediano pasar en que la suerte les colocaba, y procurar que no faltase nunca... ¡Qué hacer! Se lamentaba, sin embargo, aunque discretamente, recalcando mucho la historia de su esposo, quien por no querer someterse á los gobiernos de la Restauración, jamás volvería á disfrutar de los dulces beneficios de la autoridad. Porque Berlanga, republicano platónico pero ferviente, había jurado no transigir jamás con el orden de cosas establecido; si bien, harto ya de una vida de constantes sobresaltos y fatigas, decidió poner punto final á sus entusiasmos activos, arrojándose en brazos de la santa tranquilidad.

Tendría doña Juana unos cuarenta años, sobre poco más ó menos, y era una mujer que aparentaba haber sido muy guapa, aunque todavía no era fea. Cierta que ya en su rostro veíanse algunas huellas del paso de los años; mas aun presentaba un aspecto relativamente tentador, aumentado por la atrayente simpatía de toda su persona. Conservábase su cabello negro y lustroso y sus ojos brillantes, aunque un poco cansados; y en su cuerpo

existía toda la esbeltez compatible con el más que mediano desarrollo de los brazos, de las curvas, y sobre todo, de «las misteriosas fuentes de la vida», que dijo el poeta. Su charla era un gracioso *pout-pourrit*, un ir y venir de un asunto á otro sin acabar ninguno, y estaba sazonada con multitud de frases hechas, de modismos y de dicharachos callejeros, honestos, claro está, pero muy chistosos y divertidos. Hablaba, en fin, de una manera completamente distinta á la de su esposo: con ligereza, con sencillez, corrientemente... Sólo adoptaba una pequeña gravedad, parecida á la de don Claudio, al repetir de vez en vez una variante de las famosas palabras, sin duda contagiadas en la vida conyugal:

«Cuando éste estuvo de gobernador en Huesca...» «Cuando fuimos al gobierno de Huesca...»

Las niñas y yo repartíamos nuestra atención entre ambas conversaciones, sostenidas principalmente por don Claudio y doña Juana, y que sólo de rato en rato se generalizaban. Lola, la mayor, respondía nada más que cuando se le preguntaba, y siempre lo menos posible, con una formalidad excesiva, rara vez rota por una sonrisa muy amable, pero muy forzada. Parecía no estar allí; quedábase á ratos ensimismada, con los ojos fijos en cualquier parte; y otras veces fingía seguir con interés la conversación, aunque indudablemente no se enteraba ni de media palabra. Sólo cuando don Claudio se desvanecía en uno de aquellos sucesos fantásticos y laberínticos, prestaba verdadera atención y sus miradas revivían. No era muy guapa, pero sí muy interesante aquella muchacha de manos finas, de rostro pálido, de ojos tristes, de tipo, en fin, delicado, y sobre todo, muy señoril... En cambio, su hermana, dijérase la alegría personificada. Próximo á estallar en colores y perfumes, aquel botón de rosa dejaba adivinar ya los esplendores de la juventud. Era un vivo retrato de su madre; mejor dicho, hacía rememorar los primeros días abrileros de doña Juana, en el brillo de los grandes ojos, en el fuego de las mejillas, en la gracia de las líneas, en el lustre del negro pelo que caía ondulante por sus espaldas... Y hablaba también mucho y con vertiginosa elocuencia, metiendo baza en la conversación, á pesar de las continuas llamadas al orden. Comentaba, además, sus propias palabras con grandes risotadas... ¡Reía, reía siempre, sin ton ni son!... Bien es verdad que María era una muchacha de catorce años...

¡Sabe Dios el tiempo que duró aquella visita, que hubiera sido eterna si mi padre, apelando á la confianza natural entre viejos amigos, no le hubiese dicho á don Claudio que era hora de acostarse!... Cuando se marcharon, quedamos nosotros mareados de tanta charla y de tanto jaleo, comentando aquella irrupción que nos dejó rendidos y sin fuerzas. Mi madre, que conservaba la vieja prevención contra la gente de teatro de todas las señoras educadas á la antigua, mostrábase un poco pesarosa de aquel encuentro, manifes-



tando claramente su deseo de no intimar con doña Juana. No la agradaban tampoco su carácter ni sus maneras, un tanto detonantes. Y su conversación la aturdió... ¡Qué mujer! ¡Qué torbellino! Tampoco á mi padre le fué simpática; y por su adquisición se compadeció mucho de Berlanga, que en esta, como en otras muchas cosas, merecía mejor suerte... Porque él era una gran persona, un hombre bueno, formal y laborioso, como lo probaba su resignación presente, su acatamiento á la dura ley que torció para siempre el rumbo de su vida. De aquí, tal vez, la seriedad de su carácter, nunca tan exagerada como ahora, propio de quien está convencido de que han muerto sus ilusiones. ¡Todas se le convirtieron en recuerdos que, sin querer, se asomaban á su conversación! Y si aparecían enfáticos y majestuosos, era por el deseo inocente de darnos á entender que él había sido algo y pudo ser más de lo que fué... aunque se quedó en el camino.

Se procuró, por tanto, no estrechar mucho las relaciones familiares, aunque tampoco enfriarlas de pronto, porque, en realidad, no había para ello un motivo justificado. Fué devuelta la visita, como



era natural, pero se tardó mucho en la siguiente y más en la otra, hasta que la propia doña Juana se entregó más que á nosotros á otras amistades; pero sin notar nuestro desvío, por obra y gracia de su caprichosa voluntad. Con que el problema quedó resuelto á gusto de todos. Mi padre y don Claudio sí se veían con frecuencia, y hasta solían dar un paseo ó tomar café juntos; pero con las familias respectivas, en corporación, vamos al decir, no alternaban más que algunas veces, pocas, y en las ocasiones clásicas, en los días de días ó de cumpleaños.

Recuerdo que en uno de éstos, que era el del santo de mi padre — 21 de Diciembre — nos explicamos el por qué de aquella languidez de Lolita que tanto nos intrigara siempre, particularmente á mí desde la primera visita. . . Bajaron por la noche á casa el matrimonio y las dos chicas, con intención de pasar un rato conmemorando la fecha familiar que allí congregaba á varias de nuestras relaciones, según es costumbre en tales casos. Hubo lo de siempre: un poco de alegría honesta y bulliciosa, bromas agradables, felicitaciones sinceras, y varias rondas de dulces, pasteles y licores, mas cigarros puros para los hombres. No hay que decir que doña Juana charló por los codos y con todo el mundo, como si de antiguo viniera el conocimiento; ni que Berlanga soltó diferentes veces su «por cierto que. . . estando yo de gobernador en Huesca. . .» Y en verdad que, en tal ocasión, este recuerdo de su grandeza pasada fué muy bien recibido, pues á todos les parecía subir de rango por hablar un momento con una primera autoridad de provincia. . . aunque ya disuelta en el pasado. . . De pronto, Lolita se levantó discretamente, saliendo de la sala donde todos estábamos, sin que á nadie le extrañara su salida. . . Fué mucho tiempo después cuando se la echó de menos, coincidiendo la demanda de su presencia con esta observación inocente de una señora:

— ¿No notan ustedes que hace un poco de frío? . . .

Lo mismo aseguraron en seguida otras personas que no se atrevieron antes á decirlo por falta de confianza; y mi madre se turbó un poco como dueña de la casa, por si había descuidado los deberes de la hospitalidad, diciendo para disculparse:

— ¿Pero cómo puede ser eso? . . . ¡Si había un brasero tan hermoso!

Y se dispuso á echar una firmita.

Entonces mi padre averiguó la causa.

— ¡Claro! ¡Como que viene un aire atroz! . . . ¡Me parece que está abierto el balcón del gabinete!

Doña Juana, que ya había preguntado por su hija, se levantó de pronto muy nerviosa, dirigiéndose rápida á la habitación inmediata, donde ya estaba mi padre comprobando su sospecha. Y la vimos salir en seguida, verdaderamente indignada, empujando de un brazo á Lolita, que parecía más pálida que de costumbre.

Mi padre, risueño, procuró calmarla.

— ¿Qué les parece á ustedes? — gritaba doña Juana —. ¡En el balcón! ¡Charlando con su novio! ¡Sin respetar que está en una casa ajena! ¡A poco nos helamos por causa de la señorita! ¡Y ella también se ha quedado tiesa la muy. . . desvergonzada! ¡Todo inútil, porque te juro que nunca te casarás con ese mequetrefe!

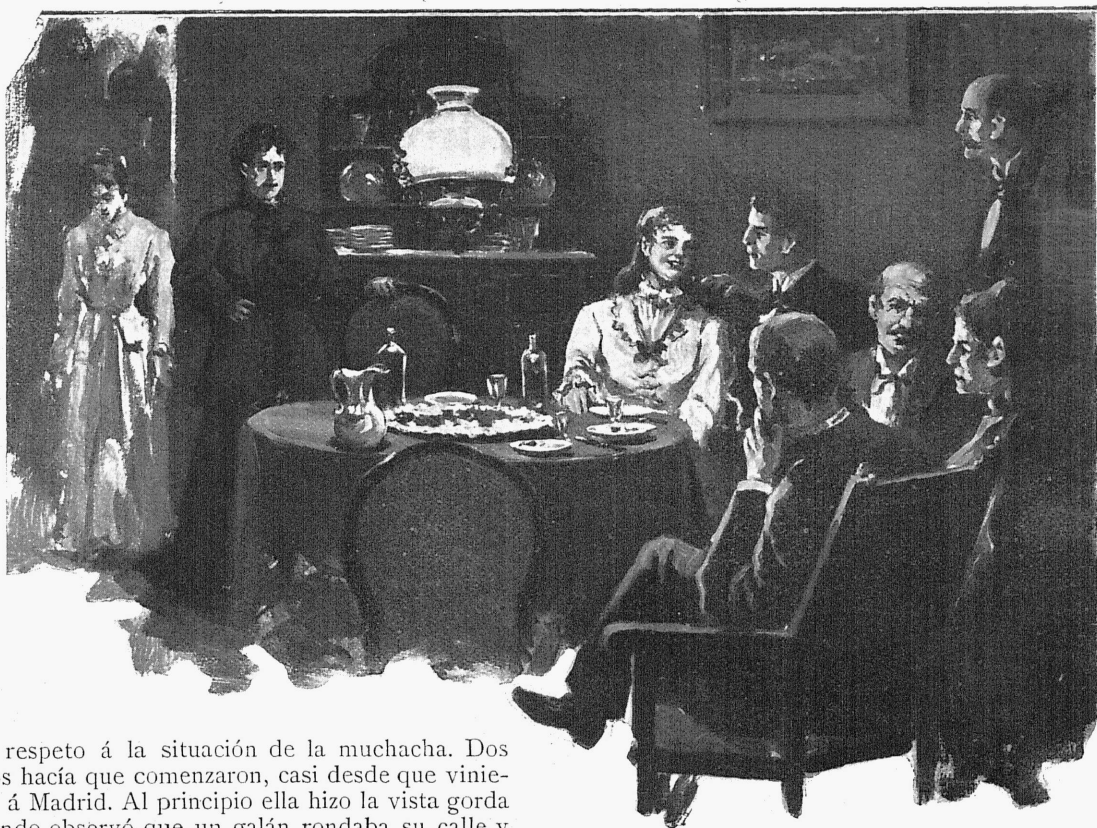
La escena, por lo imprevista, sorprendió á todo el mundo. Y aunque algunas mamás comprendían y aprobaban las palabras de doña Juana, el resto de los improvisados jueces intervino en disculpa de la muchacha. La cual se fué á sentar junto á su padre, con los ojos llorosos, pero con cierta entereza que demostraba lo firme de su pasión. Don Claudio, aunque severo, procuró consolarla.

— ¡Eso es! — chilló de nuevo doña Juana —. ¡Mímalala! ¡Mima á tu hija, para que se crea que tiene razón y que no debe hacer caso de su madre! . . . ¡Te digo que no se casará con ese zascandill!

— Bueno, mujer — respondió Berlanga, bondadoso —; ya no es una niña para regañarla de ese modo. Hizo mal; pero lo que ha hecho no es un crimen, y tiene cierta disculpa. . .

Una aprobación general, incluso de las personas que estuvieron expuestas á la corriente del aire y del amor, evitó la reyerta conyugal, que parecía próxima. Pero no pudo evitar que nos enteráramos del origen y vicisitudes de aquellos amoríos que habían trastornado á la pobre Lolita de tal modo, y que doña Juana contó detalladamente,





sin respeto á la situación de la muchacha. Dos años hacía que comenzaron, casi desde que vinieron á Madrid. Al principio ella hizo la vista gorda cuando observó que un galán rondaba su calle y que las seguía á todas partes, creyendo que fuesen cosas de chicos; pero al ver que la situación se prolongaba y que Lolita parecía tomarlo muy en serio, trató de averiguar qué clase de pájaro era aquél, por si no convenía pasar á mayores. . . ¡Efectivamente! . . . ¡Bonita proporción! . . . Se trataba de un mísero empleadillo en Fomento, que apenas si tendría con el sueldo para mantener á su madre, con quien vivía. Parece que, además, estudiaba para abogado; ¡pero primero que acabara la carrera! . . . ¡Y con los abogados que hay en España, donde todos se mueren de hambre, á no ser uno que salga con chispa! . . . No la tenía aquél; al contrario, era bastante arrimado á la cola en cuestión de estudios, aunque para otras cosas demasiado listo, según informes. ¡Calaverilla, pobre y tonto! No tenía el diablo por dónde desecharle! . . . ¿Iba á dar ella su hija á semejante tipo? . . . ¡Primero muerta! . . . Pero la niña se empeñaba en quererle, y así seguían; aprovechando todos los descuidos para escribirse cartitas y para hablarse por los balcones. . . Ella tenía que contenerse mucho para no tomar una determinación seria y definitiva, estando, como estaba, en el secreto de aquellas furtivas comunicaciones. . . Hasta que un día se cansara. . . ¡y entonces! . . . A menos que ellos mismos no se aburrieran por fin, en vista de la inutilidad de sus propósitos. . . ¡Que todo podía suceder, pues á tal edad el cariño suele llegar de repente, pero también se larga de la misma manera! . . .

Lolita resistió aquella autopsia de sus amores sin la menor protesta; con los ojos bajos y un no fingido aspecto de resignación melancólica, que desarmó las miradas despectivas de las personas graves. . . Y seguramente, las jóvenes de la tertu-

lia simpatizaron en secreto con la muchacha y con su delito. . .

III

La «Academia Moderna» vino á romper el silencio de aquella calle del Infante, siempre tan triste y tan aburrida. Transitaban por ella muy pocas personas, y siempre de prisa y corriendo; gentes, sin duda, muy hacendosas, puesto que se servían de ese pequeño pasaje entre las calles de León y del Lobo, cuya necesidad carece de un sólido fundamento. Muy raro era que lo cruzara algún coche; y únicamente se animaba un poco al entrar ó salir los caballos de una cuadra allí establecida, jineteados por los señoritos que para dar un paseo los alquilaran. Algunas tardes salía también el amo del establecimiento, jinete en una magnífica jaca vestida á la andaluza. El también se enjaezaba del propio modo: pantalón ajustado, faja bien ceñida, chaquetilla corta, chaleco muy abierto, camisa con chorreras y sombrero calañés. Era un hombre de mediana edad, buena estatura y tipo más presumido que gallardo. . . Montaba divinamente, y para demostrarlo salía contoneándose á compás del paso de la jaca, muy orgulloso con la admiración que despertaba.

Mas ya estos pequeños sucesos perdieron todo su interés, arrollados por la estruendosa alegría que trajo consigo la «Academia Moderna». Por la mañana y por la tarde, á las horas de entrada y de salida de las clases, la expansión juvenil inundaba la pequeña vía de voces, gritos, risas, silbidos y carreras. Minutos antes de la hora de entrar iban acudiendo los muchachos, que se esperaban en el portal para subir juntos, sazonando la espe-

ra con sus alegres comentarios, hechos en voz alta y acompañados de grandes risotadas ó de sus locas correrías, que se alargaban hasta las calles próximas. Y al salir se repetía el espectáculo. Desparramábase aquel ejército escolar por las aceras y por el arroyo; llamábanse unos á otros á grandes voces por su nombre ó por el alias adjudicado de momento; bromeaban, jugaban y se perseguían; ó bien improvisando un orfeón jocoso esparcían por los aires la música popular de moda, gratamente combinada con la imitación de los animales domésticos. Ya los vecinos asomábanse á sus balcones para gozar de aquel número interesante, y alguna joven curiosa recibía el ingenioso galanteo que la obligaba á una sonrisa de gratitud.

No hay que decir si la casa sufriría también los efectos académicos. Su escalera, siempre silenciosa, limpia y bien cuidada por la portera — mujer muy celosa de sus deberes —, ahora estaba todo lo contrario. Los estudiantes subían con gran algazara y bajaban con mucho más estrépito, pues sin duda el cumplimiento de su obligación dábalos mayores bríos. Saltaban á veces tres, cuatro, cinco ó más escalones, apostando á ver quién era mejor saltarín. Y otras veces salían todos precipitadamente, después de haber llamado á la campanilla en uno de los cuartos. Llenaban los peldaños y descansillos de papeles, y aun de algo peor y mal oliente, sin que la portera pudiese evitarlo, á pesar de sus repetidas reprimendas, que solían convertirse en amenaza. Aparecieron también en las paredes algunos letreros, no del todo acordes con las leyes del ornato y de la decencia, máximas picarescas en prosa y casi en verso, caricaturas extrañas y dibujos geométricos de intención demasiado expresiva. . . ¡Todo un museo. . . de Pompeya, como si dijéramos!

Jamás se oyó hasta entonces en la casa ni el vuelo de una mosca, pues fué siempre tan triste y silenciosa como la calle, porque su vecindad así lo era. Vivíamos nosotros en el principal de la derecha, y en el de la izquierda dos hermanas solteras, de edad indefinible, con una criada de su mismo corte. El segundo de la derecha, ocupado ahora por la Academia, lo fué mucho tiempo por un comandante de infantería con su señora y un niño de siete ú ocho años; en el de la izquierda habitaba un taquígrafo del Congreso, que era el inquilino más antiguo. Y en los dos cuartos del tercero un médico insignificante, pero de mucha clientela, por ser muy económico, y un cura, adscrito á la parroquia de San Sebastián, con una criada montaraz, vestida á la moda de su pueblo, y un sobrino muy alto y muy seco, alumno de veterinaria. Entregados todos diariamente á los menesteres propios de su profesión, jamás hubo entre los vecinos ni riñas ni disputas, ni reclamaciones, ni siquiera otra relación que el cortés saludo al encontrarse en la escalera ó en el portal. Y, cosa extraña y, por lo tanto, digna de pasar á la historia: en aquella casa ni aun las criadas se trataban, ni la portera era habladora ni chismosa. Bien que la pobre mujer se pasaba todo el día en su tabuco cosiendo pantalones, para ayudarse con su oficio en los quebrantos de una larga y penosa enfermedad de su marido, que era capataz de obras municipales. Mas aquella «irrupción de los bárbaros», como dijo una tarde el sacerdote, al

encontrarse con la alegre estudiantina en la escalera, creó una solidaridad del vecindario para protestar ante el administrador, y ante el casero si fuera preciso, amenazando con mudarse de casa si tal estado de cosas continuaba. En estas protestas nosotros nos inhibimos, por razones fáciles de comprender, y eso que éramos los más perjudicados; pues como la Academia caía precisamente encima de nuestro cuarto y la casa era vieja, percibíamos su constante y no escaso rumor interno. . . ¡Un ruido infernal! . . . Pero ¿qué demonios harían aquellos chicos? . . . Sobre todo, al empezar ó al concluir las clases, dijérase que tiraran los bancos furiosamente al suelo; y daban también unas patadas formidables que hacían retremblar el techo. . . Por fortuna para el amo de la finca, todos los vecinos se fueron acostumbrando y permanecieron en sus cuartos. Mayormente, al saber que aquel jaleo no sería constante, pues la afluencia de discípulos — según declaración del propio director de la Academia — no duraba más que en las temporadas próximas á las convocatorias.

Así era, en efecto. Pasados los exámenes el bullicio cesaba y sólo acudían á tan modesta cursal del templo de Minerva unos cuantos muchachos en busca de un poco de francés ó al repaso de cualquier asignatura, ó á ponerse en condiciones de aspirar al bachillerato. Entonces suspendían también sus tareas tres de los cuatro profesores encargados de la misión preparatoria, y sólo quedaba uno de ellos, don Nicanor González, licenciado en ciencias, con quien don Claudio se repartía el trabajo. ¡Porque allí se enseñaba de todo, si bien la base del establecimiento era la preparación para las carreras especiales! Eso sí: los precios no podían ser más económicos, aunque la enseñanza fuese todo lo dispendiosa que se quisiera. De cinco á diez pesetas mensuales por asignatura, de 25 á 30 por la especialidad, según su importancia, y 20 por el repaso del grado. Quizá por lo reducido de las tarifas, ó acaso por una decidida protección de la Providencia, la Academia tenía bastante crédito, como lo demostraba la muchedumbre de sus alumnos. Porque don Claudio Berlanga y Sánchez de las Rozas seguía el ejemplo clásico de aquel famoso pescador que nunca quiso poner cebo en el anzuelo, dejando á los peces en libertad para clavarse. . . Jamás se anunció en los periódicos, ni repartió prospectos, ni siquiera puso una muestra en el balcón. Solamente un cuadro de cristal, con su marco de cañas doradas, colocado á la puerta de la calle, anunciaba con letra clara, pequeña y trazada á mano:



Pero poner este anuncio en un sitio tan poco frecuentado como aquel, era casi lo mismo que anunciarse en mitad del campo. . . ¿Quién de los pocos transeúntes que cruzaban rápidos por la calle del Infante sentiría, al ver casualmente el cuadrado, la necesidad apremiante de prepararse para una carrera especial ó de repasar el grado?

IV

No eran, sin embargo, los alumnos de la Academia los únicos que acabaron con la tranquilidad del vecindario. La calma y el silencio tradicionales en aquella vetusta morada, se interrumpieron con la presencia de doña Juana, que era bastante, por sí sola, para llenar de ruido y de alegría toda la casa. Colaboraban sus dos hijas en la dulce tarea, y en ella intervenían también las criadas; que hay que poner en plural la servidumbre, pues si nunca hubo más de una sirvienta, ninguna de ellas duró arriba de un mes, y eso la que mucho. Doña Juana las reprendía constantemente, por motivos que deberían ser muy graves, á juzgar por sus voces y advertencias; y los vecinos gozábamos del conocimiento de algunas menudas intimidades de la familia, gracias á la pública y exténtorea exhibición de ciertas faltas. Esta constancia en el regaño acababa con la paciencia de las chicas, que liaban en seguida el petate, al convencerse de que aquello no tendría remedio nunca. Y así doña Juana se encontraba frecuentemente sin muchacha, y ella y las niñas tenían que hacérselo todo; la portera traía la compra, y para los menesteres académicos se dejaba entornada la puerta de la casa, pues no iban ellas á estar abriendo y cerrando, ni estaría bien que descendieran á tal servicio.

Eso sí; á la señora se la pasaban pronto los enfados. A los pocos momentos de poner á la chica de hoja de perejil y de tomarse el correspondiente berrinche, oíasele conversar de nuevo con ella, toda amabilidad, y hasta gastarla algunas bromas. Bromeaba también con María, después de haberla reñido por cualquier torpeza, y al poco rato de hacer llorar á Lolita, á propósito del mamarracho de su novio y de su propio embobamiento, la llamaba cariñosamente y como si nada hubiera pasado. . . ¡Qué mujer! . . . ¡Sin duda tenía venas y no se la debía hacer caso! . . . Y siempre, en los disgustos como en las satisfacciones, sus palabras eran tan altas que la vecindad no perdía ninguna, aunque estuvieran cerradas las ventanas que daban al patio; la de la cocina, la del comedor y las de una espaciosa pieza interior habilitada para despacho de don Claudio, y que servía de refugio en momentos de apuro para los alumnos que cursaban una asignatura suelta.

Oíanse, otras veces, los estrépitosos gritos de doña Juana jaleando á su canario, el cual la correspondía enardecido con trinos armoniosos y variados, y tan largos, que no se acababan nunca. Llegado su turno, también el gato recibía la correspondiente demostración de cariño en besos, abrazos y palabras en extremo tiernas y zalameras. . . Al arreglar las habitaciones — faena que dirigía con su inspección, porque era muy limpia y muy hacendosa —; cuando, ayudada por Lolita, se entregaba á las deslumbrantes labores del plancha-

do; en los preparativos de la comida y de la cena. . . doña Juana daba rienda suelta á su buen humor, del modo más natural de todos, esto es, cantando. Entonces su voz, medianamente conservada, reproducía con cierta afinación algunas canciones de los buenos tiempos, ó trozos variados del alegre repertorio que acaso la hicieran rememorar sus pasados triunfos. ¿Puede dudarse de que, lo mismo que en el teatro, van en la vida íntimamente unidas la música y la acción? . . . Cuando nos sorprende en la calle el paso-doble de una charanga, nuestros pies llevan instintivamente el ligero compás; los modestos cantores que acompañan en su casa sus tareas con una copla, siempre las escogen de un ritmo que no interrumpa, antes bien, que les ayude al trabajo; nadie recuerda ó tararea cualquier música que no responda á una necesidad dinámica de su espíritu. . . Así doña Juana variaba de número, según su ocupación del momento, como hubiera podido comprobarse si fuera preciso demostrar una verdad tan indudable y primitiva. . . Y ahora mismo sería facilísimo evocar las diversas labores domésticas á que correspondían los trozos distintos por ella lanzados á los cuatro vientos, ó, mejor dicho, al solo viento que llenaba aquel patio, no muy espacioso ni muy aireado por lo tanto. De mañanita, en el despacho de su marido, empezaba el concierto, generalmente con una habanera:

¡Panchita toma cañita
con tanta azúcar,
con tanta miel! . . .

Y aunque intercalaba cualquier otro numerito, volvía á lanzarse por los campos de la habanera con una extremada languidez:

¡Nací en un bosque
de cocoteros,
una mañana
del mes de Abril! . . .

Luego, por los pasillos ó ya en el comedor, seguía el programa, ahuecando á veces la voz para hacerla hombruna:

¡Soy Robinsón, tu marido,
el que te llevó al altar,
el que te llevó al altar! . . .

Y también de la misma manera, que resultaba muy graciosa:

¡Después de tantos años
de lucha y de jaleo,
por fin la patria veo,
por fin, por fin, por fin! . . .;

prolongando estos fines hasta lo infinito. . . En la cocina, á la hora de preparar la cena, los números eran muy variados y los últimos del programa diario. Con frecuencia solía cantar, haciendo las dos voces de tiple y de tenor:

— ¿Con que eres tú el autor? . . .
— ¡Sí tal!
— ¿Del can-cán?
— Del can-cán.
— ¡También lo bailo yo!
— ¿Será posible, ángel de amor?
¡Tan-tarantan-tan-tan-tan-tan
tan-tan-tan
tan-tan-tan! . . .

Y así continuaba tarareando furiosamente, al compás de la cuchara golpeada en un plato. . . Solía entonces vislumbrarse vagando por las ventanas del tercer piso, una silueta, al parecer de hom-



bre, y las dos solteronas del principal derecha se asomaban también cautelosamente y escuchaban un rato.

María, que había danzado, cantado y reído como una loca mañana y tarde por aquellas habitaciones, trasladábase á tales horas al gabinete á tomar la lección de solfeo que la daba su hermana con una paciencia digna de la palma del martirio. Y cuando se cansaba ó terminaba la ración impuesta, volvía á continuar danzando por la cocina y por el comedor, haciendo como si ayudara á su madre. . . Lolita quedaba sola ante el piano, desafinado y viejo, entregada á sus autores favoritos; recordando, si no con arte, con íntimo y particular arrobamiento, las romanzas más lánguidas de las óperas más tristes del repertorio, los trozos más melancólicos de las zarzuelas sentimentales, que ella cantaba con débil voz y con más sentimiento del que exigían. . .

¡Cuán presto y misera
la dicha huyó! . . .
¡Como un relámpago
desapareció!

Así pasaba mucho tiempo, hasta que al volver don Claudio, doña Juana la llamaba para cenar,

burlándose generalmente de sus *finísticas* aficiones musicales. . . Sin que faltara jamás en el programa de aquellos pequeños conciertos románticos, un número de cierta discreta y elegante melancolía, que yo escuché también años más tarde arrancado á unas teclas amarillas y macilentas por unas manos, cursis, es verdad, pero besadas por mí á hurtadillas con ardoroso entusiasmo. . . ¡La gavota *Estefanía*!

.....

En cambio, á don Claudio apenas se le sintió nunca. Muy pocas veces resonaba su voz grave, pero siempre afectuosa, dirigiendo á su mujer ó á sus hijas ligeras advertencias. Repartía el tiempo entre la oficina y las clases, daba una vuelta antes de cenar, y algunas noches iba en familia al teatro ó de visita ó á dar un paseito por el Prado. Otras noches se quedaba en casa, refugiándose en su despacho, donde se veía luz hasta muy tarde. Repasaba entonces—según supe después por una de sus muchas confidencias—los viejos autores favoritos, conservados cuidadosamente en su bi-

blioteca, alegrándosele y remozándosele el espíritu, siempre resignado y alicaído. . . Y acaso trazara también nerviosamente en el papel algunos renglones cortos, que no llegaban nunca á formar un todo completo y feliz. Luego retirábase á descansar, en las primeras horas de la madrugada. Su gente dormía ya. . . Pero, á veces, alguien velaba también en tal momento, y él, bondadoso, no se daba por enterado. Era Lolita, que en uno de los balcones de la sala, bien entornados cristales y maderas para no ser vista, charlaba discretamente con su enamorado galán, que á pie firme resistía en la calle todos los cambios atmosféricos. . .

V

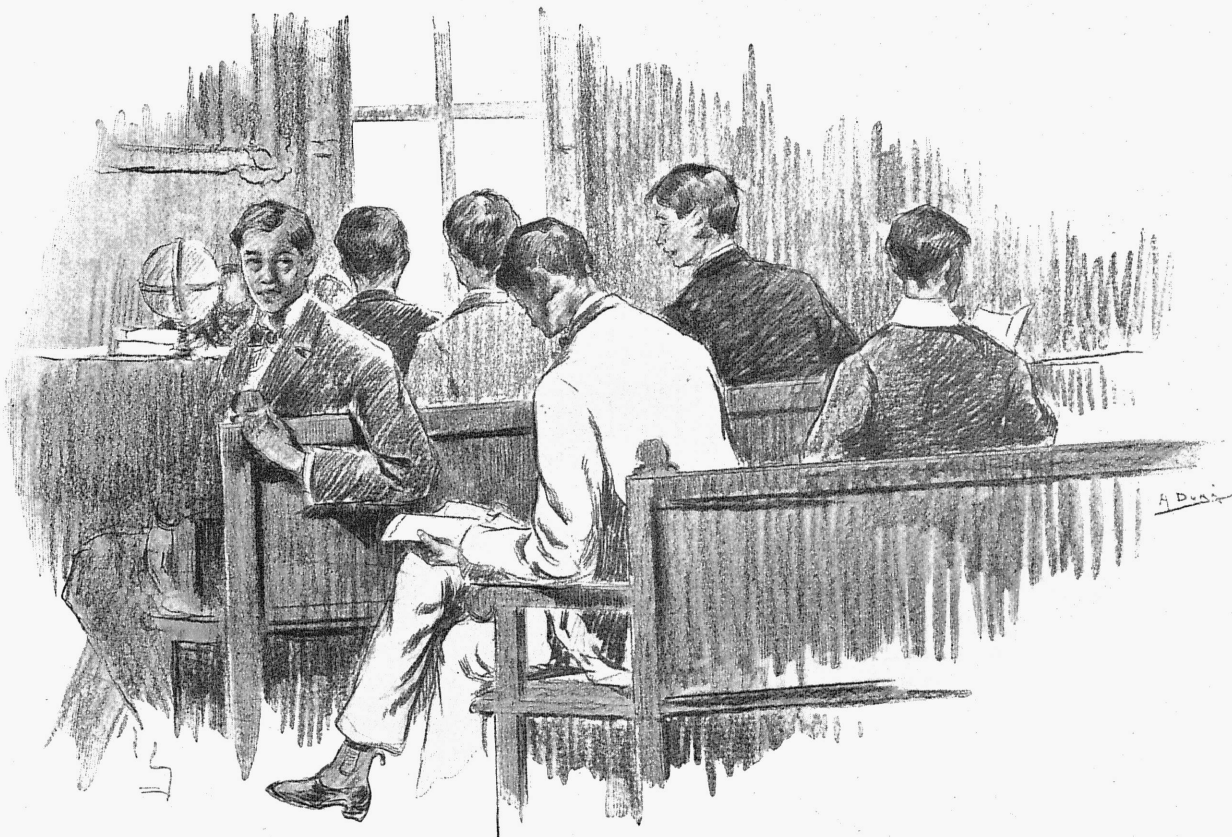
¡Inolvidable don Claudio! . . . No sé dónde habrá ido á parar con sus huesos, después de aquella tragedia cuyo recuerdo jamás se borrará de mi memoria. . . Su famosa Academia se desbarató de pronto, siguiendo la propia suerte que su familia, y él acaso se refugiara en un rincón de España, según pensaba, ó tal vez se atreviera á cruzar el charco, como también se proponía, para buscar en

la inmensidad de una tierra nueva el olvido necesario para la inmensidad de su desgracia... ¿Vivirá?... ¿Habrá muerto?... Para mí ha muerto, puesto que ha desaparecido para siempre; pero sigue viviendo en mis recuerdos y á veces creo tenerle delante de mis ojos... ¡cuando en las largas veladas impuestas por imperio de mi profesión penosa, que ayer creí santo sacerdocio, mi pluma corre perezosamente sobre el papel afirmando una vocación que él me sugirió, me alimentó y me hizo que fuera irresistible!

Entonces le veo con su rostro severo, pero indulgente, con su gorrito bordado puesto sobre la reluciente calva, á pesar del calor, para librarla de moscas importunas... Y me parece oír su voz gra-

nosotros nos hacíamos una seña meditando cualquier diablura propia de la edad...

Diez alumnos nada menos nos juntamos en la Academia para el repaso del grado y, dicho sea en honor y justicia de aquella modesta institución, ya devorada por el tiempo; de los diez, nueve logramos la cumplida satisfacción de nuestros deseos á la hora de los exámenes. Los hermanos Pepe y Santiago Torres; Martín, hijo de un vaquero de la vecindad; Juanito Cabrera; Diego María Palacios, sobrino de un boticario de la calle de Atocha; Antonio Repullido, descendiente inconfe-so de un aristócrata, según decían; Carlos Aguado, hoy dueño de una de las más acreditadas mercerías de la corte; Rafael Esparza y yo, fuimos los



ve, aunque con cierto acento de ternura, que nos explica los intrincados misterios de la Retórica, ó nos recita algunas poesías presentadas como modelos para nuestra propia y provechosa enseñanza... Creo también oírle reprender suavemente nuestros descuidos, excitarse hasta el entusiasmo al recordarnos las que él creía virtudes de la vida, ó perderse en amenos comentarios sobre cualquier suceso de los que nosotros mismos depositábamos en sus oídos magistrales; suceso que él hermanaba siempre, ¡siempre!, con otro cualquiera acaecido en la provincia y en el tiempo de su mando: «Por cierto que... estando yo de gobernador en Huesca...» Y otras veces creo percibir los ronquidos musicales que salían de su boca ligeramente abierta, en los leves paréntesis impuestos á la gravedad de la enseñanza por las terribles horas de la siesta estival... Su venerable cabeza se apoyaba largo rato en la pared, con el gorro ladeado, y

aprobados. El suspenso se lo ganó en el primer ejercicio, imposibilitándole, por tanto, para pasar al segundo, Juan José Iglesias, á quien nosotros llamábamos el *Zángano*, no ya por su escasa aplicación y falta total de aprovechamiento de la ciencia que recibíamos en común, sino por su edad y condiciones físicas. Juan José Iglesias tenía cerca de veinte años, estatura más que regular, bigote y sólidos cimientos de barba. Era el mayor de todos nosotros con notable diferencia; un hombre hecho y derecho, que se despegaba de aquel grupo de muchachos apenas entrados en los umbrales de la pubertad. Por tal causa le cobramos una antipatía feroz desde el primer momento, á la que él correspondía sinceramente; y de él nos burlábamos cuando mostraba en clase su ignorancia... ¡Nunca fuimos compañeros, en el verdadero sentido de la palabra!... Y su fin académico estaba previsto por todos. El suspenso fué justo, merecido. ¡Se lo ganó

el amigo por sus propios puños!... ¡Jamás se oyeron en unos exámenes tantos y tan sabrosos disparates como los que Iglesias soltó aquella tarde memorable, con la mayor despreocupación del mundo!

Existían otras circunstancias importantes que justificaban nuestro desprecio, nuestro enojo por el *Zángano*, que algunas veces se tradujeron en disputas violentas muy cercanas á los cachetes... Juan José Iglesias estaba de interno en la Academia, gozando de ciertos naturales privilegios propios del internado, que á todos nos irritaban sobremedida. A veces fumábase la clase ó aparecía muy tarde y muy compuesto; otras veces se presentaba con ligera y cómoda indumentaria, como de hombre que está en su casa; y algunas tardes se escurría bonitamente á dormir la siesta, según comprobábamos mirando por las cortinillas de las vidrieras del gabinete anejo á la sala habilitada para clase, donde tenía su habitación. El otro gabinete era el del piano y pertenecía á la familia... Además, todas las tardes entraba doña Juana interrumpiendo la solemnidad de nuestras tareas, para llevarle á don Claudio un buen tazón de leche que repusiera sus fuerzas, y que él se tomaba después de brindarnos galantemente. Siempre la señora, al depositar en manos del profesor la ofrenda láctea, solía decir á Juan José:

— Si tú quieres un vaso, en el comedor la tienes preparada.

Y algunas veces se lo traía al mismo tiempo que á su marido. El *Zángano* sorbióse la leche de un solo trago sin decirnos nunca si queríamos, como es uso y costumbre entre gentes... Con que rabiosos le mirábamos, aunque puede afirmarse desde luego que en la rabia había también un poco de envidia; infantil, si se quiere, pero no por serlo, menos fuerte y definitiva.

Claro está que tales prerrogativas, no por interno se le otorgaban á Juan José. Mejor dicho, no era un interno, era un huésped de confianza; más aún, era uno de la familia, aunque pagaba su pupilaje y al parentesco no le alcanzara un galgo, verdaderamente... Era hijo de un primo carnal de un cuñado de doña Juana... ¡Una hoja insignificante de un débil brazo del árbol genealógico, vamos al decir!... Sus padres, nacidos en el mismo pueblo que doña Juana, en la provincia de Toledo, vivieron muchos años en Madrid dedicados al cultivo de una tabernita que fué ensanchando su campo de operaciones hasta convertirse en un buen establecimiento de bebidas, con restaurant adjunto. No fué el suyo, sin embargo, un gran negocio, porque sufrieron la desgracia de que todos sus hijos estuviesen constantemente enfermos, lo que se llevó buena parte de las ganancias. Juan José, que era el menor y el único superviviente de sus cinco hermanos, estudió y aprobó con mil trabajos los cinco cursos del bachillerato; pero la muerte impensada de su abuelo, labrador medianamente

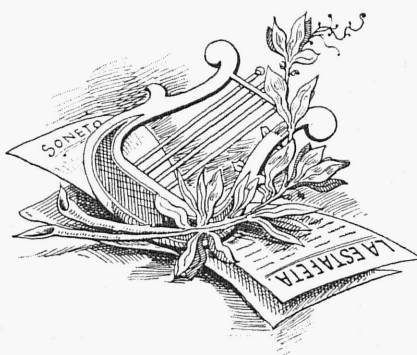
acomodado en el pueblo, le dejó en vísperas de ser bachiller en artes. Porque sus padres decidieron entonces acabar sus días en el lugar, al frente de la labranza, que engrandecerían con los cuartejos reunidos, y traspasar la tienda y abandonar Madrid, pensando muy cuerdamente que la mejor carrera del chico estaba en la futura dirección de su hacienda. Mas, Juan José, ya habituado al aire de la corte, demostró un absoluto despeggo por las nobles faenas agrícolas y cierto deseo de seguir sus interrumpidos estudios. Un año y otro pasó en el pueblo sin hacer otra cosa de provecho que jugar con los mozos, cortejar á las mozas y asistir á las fiestas del contorno muy peripuesto y con aires de rumbo. En vista de lo cual, su padre, que odiaba verdaderamente á las gentes holgazanas, decidió por fin acceder á las pretensiones de

su único heredero, pensando que se hiciera médico ó boticario, para que volviese al lado de sus padres á ejercer su carrera por aquellos contornos. Sería preciso que se graduara, y de todo punto indispensable que diera un repaso á las materias, seguramente olvidadas después de tanto tiempo de abandono. Y el cuñado de doña Juana le indicó la salvadora idea de ponerle en manos de don Claudio, lo que el padre de Juan José aceptó inmediatamente y

muy gustoso; porque conociendo, como conocía, la vida madrileña, creyó que en ninguna parte estaría su hijo ni más vigilado ni con mejor trato. Don Claudio y doña Juana tenían amplios poderes para todo lo que fuera preciso, por traslado de la paternal autoridad; y aunque Berlanga se opuso á aceptar semejante pejiiguera, rechazando el encargo por absurdo y por molesto, la voluntad de su mujer venció aquella resistencia invocando el interés que su hermana demostraba en el asunto, y el ser éste el único favor que les había pedido en toda su vida... Con que Juan José Iglesias se trasladó á Madrid, y en la Academia Moderna tuvo su hotel, su aula y su...

Conocía yo la historia entera, por haberla escuchado en mi casa, en una de las ya tardías visitas de la familia de don Claudio, y con sus detalles satisface la legítima curiosidad de los compañeros, cuando hurgaron en los antecedentes de Juan José...

¿Perseguiría doña Juana algún fin, ideado desde el punto y hora en que recibió la primera carta con la proposición de sus pseudo-primos, refrendada por sus hermanos? ... ¿Acariciaba algún proyecto, quizá respetable desde el punto de vista maternal? ... ¡Diablos de muchachos! ... ¿Quién de nosotros fué el que inventó la fantástica historia de que doña Juana trataba de cazar á Juan José para su Lolita? ... El caso fué que, enterados todos de los románticos amores de la muchacha, y simpatizando con ella por su rebeldía constante á los mandatos de su madre, vímosla cada vez más triste y abatida, sorprendímosla llorando en silencio por los rincones, y en más de una ocasión per-



cibimos las voces airadas de doña Juana que la comprendía, aunque en tales momentos don Claudio alzaba mucho la voz para que todo quedara en el misterio. . . ¡Sí, sí! . . . ¡La sospecha era cierta! . . . Y sin embargo, el *Zángano* parecía extraño á semejante proyecto. . . Y aun se dijera que no fuese de su gusto y que pensara en seguir otro camino. Alguien aseguró que demostraba sus preferencias por la otra muchacha, sin que comprobáramos absolutamente la veracidad de tal demostración. . . Es decir, una vez creímos oír ciertas carreritas en el pasillo, y nos pareció escuchar la voz de María que decía quedamente, aunque con firmeza y con enojo:

— ¡A ver si se está usted quieto, Juan José! . . .

Pero. . . ¡hubo más! . . . Martín juraba y perjuraba que al venir á clase, un día en que se halló la puerta entornada, había sorprendido al *Zángano* palmoteando suavemente los brazos arremangados de doña Juana, con beneplácito y gratitud de su propietaria. . . ¡Qué mal pensado era el bueno de Martín! . . . ¿Ni qué delicadeza de pensamiento podía esperarse, después de todo, de un chico que vivía en la intimidad de un establo? . . . ¿No era, al fin y al cabo, Juan José un poco sobrino de doña Juana? . . . Pues. . . ¡familiaridades propias de la familia! . . . Sin embargo, el detalle molestó á la clase en general, y muy particularmente á los mayorcitos, algunos de los cuales estaban casi á punto de embarcarse con rumbo á Citeres y quizá hubiesen ya hecho algunos ensayos de navegación á remo. . . Eran los que, cuando entraba doña Juana, muy ligera de ropa á causa del calor, á ofrecer el refrigerio á don Claudio, repartían sus miradas entre la taza humeante y las manos que la sostenían, y los brazos pertenecientes á las manos, y por todo el conjunto, en fin, de la figura. . . Miradas furtivas, tímidas y respetuosas, claro está; pero acaso expresivas de una vaga y agradable aspiración. . . ¿Quién se atreverá á censurarlas? . . . Recuerde el que lo intente esta sencilla máxima, cuyo autor ignoro, pero que bien merece eternizarse:

De la vida en la alegre primavera,
es la jamona la estación primera. . .

VI

Como don Claudio asistía por la mañana á su oficina, dispuso que fuera su clase por la tarde, de tres á seis.

De nueve á doce repasábamos las ciencias propiamente dichas, aunque impropiaemente repasadas, con don Nicanor González, encargado de esos menesteres en la Academia durante el verano.

Don Nicanor era un hombre silencioso, seco y desabrido y de aspecto verdaderamente desagradable. Tenía unas barbas largas, negras y mal cuidadas, y un bigote tremendo; le salían los pelos por las orejas y por las ventanas de la nariz, y por las manos y por los brazos. . . ¡Era un oso fracasado y metido á explicar Matemáticas con la gravedad propia de la especie! Es decir, tanto como explicar. . . Don Nicanor ceñíase por completo á su cometido, y no hacía sino repasarnos las asignaturas. Estaba provisto de cierta *Guía del bachiller en artes*, donde se contenían las distintas materias extractadas de los libros de texto en el Ins-

tituto, y nos leía todas las respuestas, preguntándonos después sin orden ni concierto. Gastaba pocas palabras y no se enfadaba nunca. Muy cortés, pero siempre con excesiva sequedad, limitábase á hacer constar nuestra ignorancia con una fórmula, casi siempre igual para todos y en todas ocasiones:

— Señor Torres, desarrolle usted el binomio de Newton.

Torres se equivocaba, y don Nicanor lo hacía notar con estas palabras:

— Señor Torres. . . Tiene usted en gran descuido el binomio de Newton.

Y deshacía los errores sin quitar los ojos del libro.

— Señor Repullido, explíquenos usted la ley de la gravedad.

Al primer tropiezo de Repullido le atajaba don Nicanor, amablemente:

— Señor Repullido. . . Ignora usted por completo la ley de la gravedad.

Y le corregía del mismo modo.

— Señor Esparza. . . Diga usted algo del arado de vertedera.

Esparza decía algo, pero poco acertado, y don Nicanor contestaba imperturbable:

— Señor Esparza. . . Desconoce usted en absoluto el arado de vertedera. . .

Notada inmediatamente su insistencia en tales frases, muchos de los preguntados se equivocaban de propósito para que las repitiese; las usábamos también en la calle, remedándole el tono, y le pusimos por nombre la que más nos gustaba: «Don Desconoce usted en absoluto.»

Estos eran los únicos lances de la clase matutina, que por lo demás, resultaba insoportable. Don Nicanor había dividido su tiempo con exactitud matemática, destinando cada media hora á una asignatura; total, seis. No perdía un solo minuto; entraba y salía con rigurosa puntualidad, y no pasaba lista por nombres, sino por números, para no perder tiempo.

— ¿Estamos todos? . . . Uno. . . dos. . . tres. . . cuatro. . . cinco. . . seis. . . siete. . . ocho. . . nueve. . . diez. . . Estamos.

O también:

— Falta uno. . . faltan dos. . . — cuando se daba el caso.

Estas palabras y las de «buenos días» y «hasta mañana», eran las únicas allí pronunciadas que no tenían relación con el sagrado sacerdocio. . . ¡Jamás dijo don Nicanor nada extraño á la ciencia. . . de la *Guía del bachiller en artes*, ni permitió tampoco que nosotros lo dijéramos! . . . ¡Qué cosa tan antipática! . . .

En cambio, por la tarde, bajo el poder de don Claudio, el aspecto era completamente distinto. . . ¡Aquello ya parecía una clase y no un convento, como la de don Nicanor! . . . Resonaban nuestras voces argentinas, alegres y confiadas; salían francas nuestras risas de pájaros, calmadas suavemente por un «vamos, vamos, señores», lanzado para dar paso á la explicación del punto oscuro, interrumpida un momento por cualquier anécdota, que sugería otra y otra después. . . A lo mejor, don Claudio llenaba todo el rato con su explicación amable y reposada, donde ponía un poco de gravedad, sin duda para dar más importancia á la ma-

teria. Divagaba, pero eran sus divagaciones tan interesantes y tan pertinentes, después de todo, que le seguíamos con verdadera atención, y sin querer aprendíamos una porción de cosas que tal vez no estaban en los programas, pero que no eran inútiles por completo. . . Nosotros procurábamos estudiar para contestar á sus preguntas. No vacilábamos tampoco en consultarle nuestras dudas, seguros de que las desvanecería, pues siempre corrigió nuestros errores afectuosamente. Y cuando en algunas tardes bochornosas el calor ó el cansancio le rendían y descabezaba un poco el sueño — como decíanos después, ligeramente avergonzado —, respetábamos su reposo, aunque meditábamos cualquier inocente diablura; y cuchicheábamos, procurando no despertarle, reunidos en un rincón de la clase para cambiar impresiones ó enseñarnos estampas, libros ó periódicos propios de la estación, y ocultos cuidadosamente en los bolsillos para esquivar las indiscretas pesquisas familiares. . .

¡Le teníamos grande y verdadero afecto! . . . Y he pensado después muchas veces, al recordar aquellos tiempos, que don Claudio ejercía el único sistema de enseñanza con fruto, puesto que enseñaba con agrado, sirviéndonos la realidad con un poco de fantasía. . . ¿Acaso nació para la enseñanza y tuvo inédita su verdadera vocación hasta el ocaso de su vida? ¿O desengañado de casi todas las cosas del mundo se refugiaba en aquellas horas para mostrar á unos cuantos seres, relativamente inocentes, la bondad de su corazón y los entusiasmos de su alma, que ya no se atrevían á lucirse por el mundo? . . . No quiero empañar su noble memoria recordando que cuando pasé ese sarampión del criticismo, que se aplica á cuanto hemos visto y á cuanto hemos imaginado, y que deja un tan amargo sabor de boca, llegué á pensar que el bueno, que el excelente don Claudio Berlanga y Sánchez de las Rozas era un pobre diablo, un hombre fracasado que ya no podía aspirar á otra gloria sino á la admiración de un auditorio tan necesariamente adicto como el que formábamos nosotros. . . Sin duda yo me excedía al juzgarle de esa manera, y si ahora lo anoto de pasada es para tener el gusto de rectificarlo por completo. Queda borrado para siempre.

Lo cierto es que el trabajo de don Claudio era muy superior al modesto precio que pagábamos en la Academia. Acaso su propia fantasía engrandeciera el local, la enseñanza y los discípulos, pero eso salíamos ganando. . . Dijérase que se creía un catedrático de verdad; que aquella sala modesta, con sus bancos de madera alrededor, le parecía un aula universitaria, y el espacio ocupado por su mesa entre los dos balcones, un estrado. . . Y esta gravedad, esta importancia que transcendía de toda su persona, llegaba también hasta nosotros, haciéndonos creer á ratos que éramos ya hombres formales y que estudiábamos una Facultad. . .

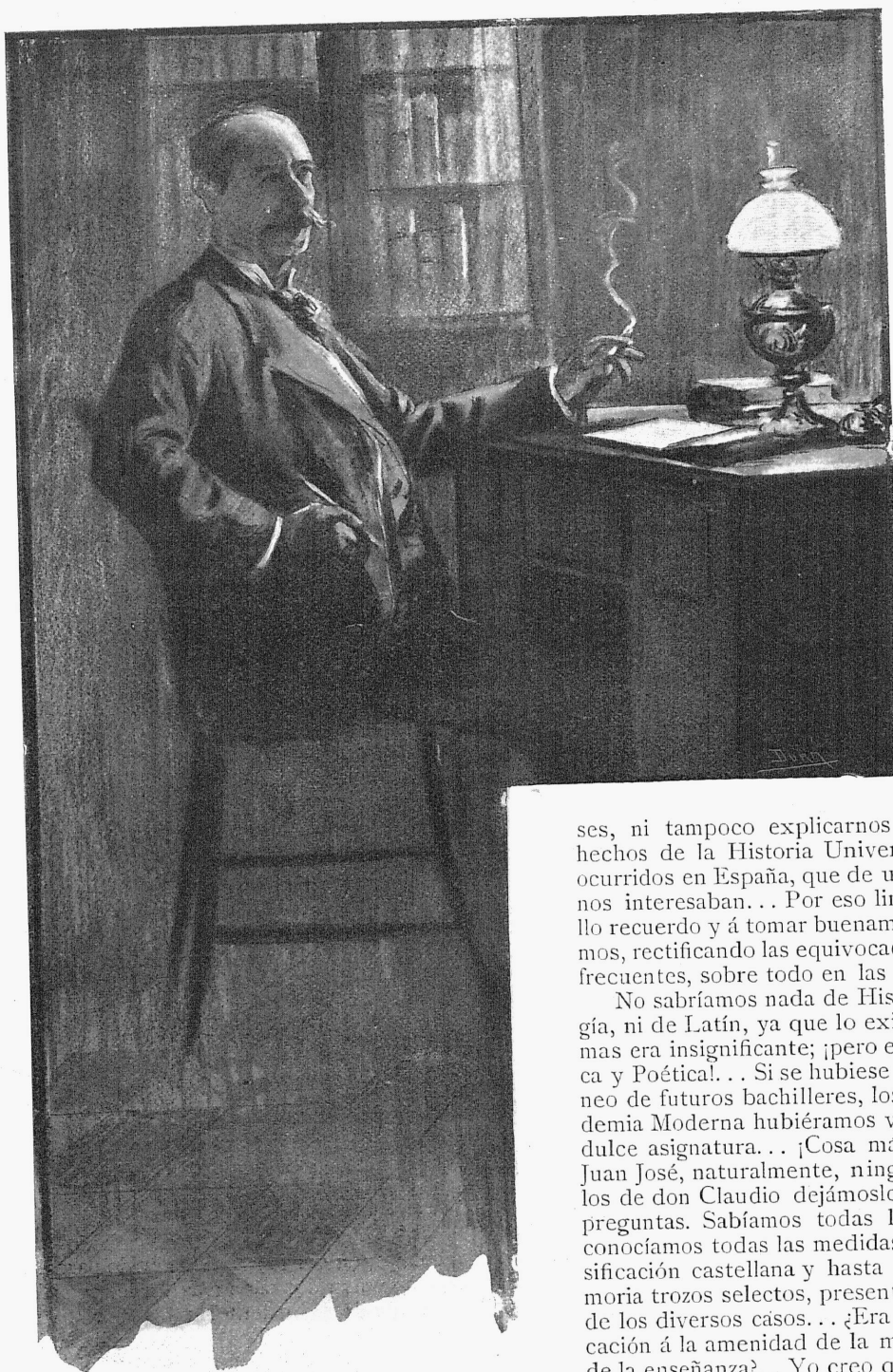
Ya el primer día nos pronunció un pequeño discurso de principios de curso, tal como después los escuché de labios de otros catedráticos al empezar el año académico en la Universidad Central. . . Discurso encabezado con un «¡Señores!» que nos sonó dulcemente en los oídos, sugiriéndonos la idea, de nuestra importancia colectiva. Entonces nos hizo también la confidencia de que él pensaba

dedicarse al profesorado cuando terminó sus estudios, y estuvo á punto de hacer oposiciones á cátedras universitarias, teniendo que desistir de sus propósitos por cosas imprevistas de la vida. Y nos habló también de su entusiasmo por la carrera de Filosofía y Letras, la única verdaderamente desinteresada, noble y digna, la única que puede elevar el espíritu al conducirlo á las serenas regiones especulativas. Así lo había él creído siempre, tanto que, al graduarse, erguido ante el claustro con su muceta azul, tuvo el valor de empezar su discurso dedicando una frase irónica ó despectiva para cada una de las otras Facultades. Frases dichas con voz enérgica, de un modo rotundo, como si quisiera clavar cada una de sus palabras. . . Y luego, cambiando radicalmente el tono, con la mayor amabilidad, con verdadera unción, dirigiéndose al grupo de los suyos:

— Respetables cultivadores de la Filosofía y de las Letras. . . ¡A vosotros tengo la honra de dirigiros mi palabra!

Pero ¿qué cátedra hubiese preferido, si su vida tomara el rumbo del magisterio? Si la deducción es una de las formas de la lógica, yo no dudo al asegurar que don Claudio Berlanga y Sánchez de las Rozas habría explicado Literatura. Porque, hay que confesarlo, casi todo el tiempo lo empleábamos en clase en el repaso de la Retórica y Poética. . . Y decir repaso es no decir nada, pues aquel fué más bien un curso nuevo, una serie no interrumpida de descubrimientos en tales materias, para nosotros, pobres muchachos que sólo conocíamos un manualet de preceptos, y como modelos cuatro cosas de los *Trozos escogidos*, de Zapata. . . ¡Sí, sí! ¡La Literatura era el verdadero amor de don Claudio! . . .

Estudió, con cariño, es verdad, la Filosofía — según nos dijo en uno de sus momentos confidenciales —; pero jamás se hubiese comprometido á su enseñanza, sabiendo que hay una enorme variedad de escuelas y de sistemas filosóficos, y que todos ellos tienen el mismo objeto: investigar la verdad y ofrecer la fórmula de la felicidad humana. . . ¿Cómo atreverse á perturbar el ánimo con la presentación de tantas y tan diversas recetas? . . . Además, él pensaba que la mejor filosofía que puede enseñarse es el ejemplo de una vida honesta en las costumbres, resignada en todas las andanzas del mundo, pura en los ideales y en los amores. . . Y como un profesor, por el hecho de serlo, no está limpio de las imperfecciones comunes á los hombres, mejor era no desacreditar la sublime ciencia con la exhibición de las propias flaquezas. Y eso que él, llegado á la fuente cuando brotaba pura el agua del krausismo, llenó su vaso y aplacó su sed. Creía y practicaba el imperativo categórico, que fué para él, como para muchos, una luz purísima que guió rectos sus pasos en la vida. . . Pero, á fuer de amante de las letras, le molestaba terriblemente aquel tecnicismo enrevesado que los hombres de su tiempo arrojan sobre las ideas más sencillas, para hacerlas ininteligibles. ¡Si hasta á nosotros, infelices criaturas, se nos obligaba en nuestra más tierna infancia á estudiar una porción de cosas que no entendíamos, que no podíamos entender. . . Aquellos apuntes de Psicología, Lógica y Ética que nos dictó un profesor, proveniente en línea recta del mismísimo



Krausse, ¿quién demonios los aprovechaba? Y nos vimos obligados á aprenderlos de memoria, recitándolos después como papagayos, sin saber el verdadero sentido de algunas palabras ni el espíritu de ciertas proposiciones absurdas. Don Claudio se lamentaba sinceramente de semejante crimen, y nos descifró varias de aquellas charadas, las más indispensables para no hacer mal papel en el temido día del examen.

También se lamentaba mucho de nuestros escasos conocimientos del latín, que se limitaban naturalmente á las declinaciones, conjugaciones,

análisis y construcción de las oraciones, todo ello muy superficial; mas la traducción de cualquier trozo *De Bello Gallico* con la escasa ayuda de un diccionario que apenas si conservaba el verdadero significado de las palabras... ¡Señor, Señor! ¡iban á perderse las lenguas clásicas, y con ellas el más puro deleite del espíritu: el de gustar con su propio aroma las mejores creaciones de la inteligencia humana!...

Pero él no podía subsanar estos errores de la enseñanza en dos ó tres me-

ses, ni tampoco explicarnos detalladamente los hechos de la Historia Universal, ni siquiera los ocurridos en España, que de un modo tan especial nos interesaban... Por eso limitábase á un sencillo recuerdo y á tomar buenamente lo que le diéramos, rectificando las equivocaciones, que solían ser frecuentes, sobre todo en las cosas de más bulto.

No sabríamos nada de Historia, ni de Psicología, ni de Latín, ya que lo exigido en los programas era insignificante; ¡pero en cambio de Retórica y Poética!... Si se hubiese convocado á un torneo de futuros bachilleres, los alumnos de la Academia Moderna hubiéramos vencido en tan útil y dulce asignatura... ¡Cosa más particular! Menos Juan José, naturalmente, ninguno de los discípulos de don Claudio dejámosle de contestar á sus preguntas. Sabíamos todas las reglas literarias, conocíamos todas las medidas y formas de la versificación castellana y hasta recitábamos de memoria trozos selectos, presentados como ejemplos de los diversos casos... ¿Era debida nuestra aplicación á la amenidad de la materia ó á la bondad de la enseñanza?... Yo creo que se debía al bueno, al excelente profesor; pues ahora que ya no escucho sus lecciones, yo siento que el olvido va apoderándose de mi ciencia poética y preceptiva, aunque ella, como todas, sigue en pie por los siglos de los siglos...

¡Y es que aquella sala de ladrillos rojos, de papeles con flores, de cielo raso, transformada en cátedra mediante la colocación de los útiles indispensables, estaba convertida á tales horas en un templo consagrado á las musas y al espíritu de Quintiliano y consortes! ¡Allí todos eran afluentes del gran río de la Retórica!... Y en cualquier mo-

mento, don Claudio nos ofrecía viva, palpitante y tangible una figura de pensamiento ó de dicción, con las observaciones oportunas sobre la elegancia del lenguaje, su propiedad, su precisión, su exactitud, etc., mas las reglas necesarias en cada caso... Y nos rogaba que le presentáramos todos los ejemplos que descubriésemos en su misma conversación, ó en nuestras contestaciones, ó los que de pronto se nos ocurriesen. Lo que fuimos haciendo poco á poco, puesto que era tan de su gusto. El primero que demostró su sabiduría fué Repullido, quien, colocándose una vez en medio de la clase, dijo muy serio:

— Don Claudio... ¿Me permite usted salir un momento á satisfacer una necesidad corriente, que ya no puedo aguantar más, y que pudiera estropearme los pantalones?

Don Claudio contestó, contentísimo:

— ¡No es mala circunlocución, que otros llaman también perifrasis!... ¡Vaya usted, señor Repullido!

Desde entonces, todos usábamos de una figura retórica en circunstancias parecidas, en vez de alzar uno ó dos dedos para pedir permiso, según costumbre tradicional en escuelas y colegios.

Otra tarde, al terminar su refrigerio, don Claudio se encaró con el Torres menor, diciéndole:

— Vamos á ver... Acabo de beberme un tazón de leche... ¿Qué figura he cometido?

Sin dejar al chico que se luciera, todos contestamos á una, demostrando nuestra suficiencia:

— ¡Metonimia!

¡Y eso que algunos hubiésemos preferido llamarla también y que otro la señalara!...

¡Bien, archibien estábamos en Retórica!... Pero ¿y en Poética? No había que temer que ninguno confundiéramos las especies del Parnaso castellano. De sobra sabíamos todos los géneros; y lo que eran un pareado, un terceto, una cuarteta, una redondilla, un romance, un soneto, una octava real, una décima. Y conocíamos con intimidad los versos de dos, de tres, de cuatro, de cinco, de seis, de siete, de ocho, de nueve, de diez, de once, de doce, de trece, de catorce sílabas; y los agudos, y los llanos, y los esdrújulos, y los quebrados, y los enteros; y la calidad y colocación de los acentos... ¡Rengifo, á nuestro lado, resultaría un niño de teta!... Para cada una de estas cosas teníamos á mano un ejemplo, extraído de los *Trozos* de Zapata, de Arpe ó de Ranera, y algunos de... de... ¡del mismo don Claudio!

¡Sí! El también había cultivado la poesía en sus mocedades... Y quién sabe si aun... cuando tuviese un poco de tranquilidad... ¡Ganas se le pasaban de volver á pulsar la lira, ahora en silencio y cubierta de polvo en uno de los estantes de su librería!... Verdaderamente emocionado, aunque procurando sonreír un poco para quitarle importancia á la noticia, nos hizo esta declaración una tarde, presentándonos á seguida un tomo de regular tamaño, bien encuadrado, en cuya primera página se leía:

«INSPIRACIONES: *Poesías* de Claudio Berlanga y Sánchez de las Rozas. Madrid, 1859. Imprenta de Rojas.»

Movidos todos por la curiosidad, nos levantamos de nuestros asientos, formando un grupo en derredor del poeta, y hojeamos el libro, y uno de

nosotros leyó entera una oda á la «Batalla de las Navas de Tolosa», por cierto bastante larga, que nos pareció á todos excelente.

— ¿De veras les gusta á ustedes, señores? — decía don Claudio, sin ocultar su satisfacción.

Y diez voces críticas, aunque infantiles, le contestaron á un mismo tiempo con entusiasmo:

— ¡Es muy bonita! ¡Es muy bonita!

Desde aquella tarde, siempre que era preciso un ejemplo de combinaciones métricas, de géneros, de figuras, de lo que fuese, don Claudio, después de citarnos alguna cosa clásica, solía añadir:

— O como yo digo en mis *Inspiraciones*.

Y nos soltaba su propia cita. Pero la estiraba tanto, tanto, que sin poder resistir al deseo de mostrar sus buenos modelos, nos leía la composición entera con verdadero énfasis, con sincero entusiasmo casi siempre... Nosotros le oíamos atentos, embobados, pendientes de sus labios... ¡En verdad que pasábamos muy buenos ratos en aquellas veladas improvisadas!

Y las citas eran frecuentes: porque en el tomo de poesías de Berlanga y Sánchez de las Rozas, había ejemplos de todo y para todo... Yo no sé si las *Inspiraciones* vivirán todavía; mas si aún no las ha devorado Saturno, como acostumbra á hacer con todos sus hijos, y algún erudito las hojea al reconstruir aquel período literario, tengo por cierto que en ellas hallará muchas cosas dignas de salvación y de vida perdurable.

Copiamos nosotros, por su mandato, algunos de los ejemplos de su libro, los más fundamentales, para que los recordáramos con menos dificultad... La precaución fué muy acertada... Yo me acuerdo todavía de cierto soneto á *Celia*, que su autor reputaba — después de pedirnos perdón por el atrevimiento y la inmodestia — «no del todo indigno de figurar junto á los de Arquijo, los Argensola, Calderón y otros famosos sonetistas».

¡Nunca será!... Mi pecho enamorado en vano oculta la pasión que siente, pues no puede evitar que le atormente la dolorosa espina del pasado.

Mas tú de mis dolores te has burlado mostrándote á mi amor indiferente, y de mi pecho en el volcán ardiente la nieve del desprecio has arrojado.

Sé que desoyes mis sufridas quejas, sé que abandonas mi amoroso ruego y no hace mella en tu desdén mi llanto...

¡A ti me acerco, mas de mí te alejas!

¡Yo tengo un corazón todo de fuego; tú tienes, Celia, el corazón de amianto!...

¡Gran soneto, en verdad!... Así me lo pareció á mí entonces; y aun dos años más tarde, cuando después de inútiles y calenturientas tentativas para hacer uno á mi prima Pepita, que acababa de darme calabazas, me decidí á copiarle poniendo debajo mi firma, con la única variación de la dedicatoria y del verso final, naturalmente...

«tú tienes, Pepa, el corazón de amianto.»

Y á ella también debió parecerle una gran cosa el soneto, puesto que rectificando su acuerdo fuimos novios... (¡Por qué volvéis á la memoria mía!...)

Una de las cosas que don Claudio nos hizo copiar más veces de las *Inspiraciones*, con el fin de que la aprendiéramos de memoria, era su traducción de la oda de Horacio *A Licinio*, más el texto latino que figuraba en el apéndice correspondien-

te, sin duda para que se comprobara el respeto y la escrupulosidad del traductor. Los versos del cisne venusino sirvieron para que hiciéramos un ejercicio de nuestra sabiduría de la lengua del Lacio, de resultados completamente desastrosos... ¡Cuántos divinos disparates de ordenación y de traducción presentamos de aquellas estrofas por él consideradas como divinas!

*Rectius viues, Licini, neque altum
semper urgendo neque, dum procellas
cantus horrescis, nimium premendo
littus iniquum...*

¡Bien que la cosa era verdaderamente difícil! El la había traducido con entusiasmo, y nos la hizo leer y recitar muchas veces, recitándola él también con inefable gozo:

Feliz, Licinio, si vivir pretendes,
no bogues siempre en alta mar; ni huyendo
de sus borrascas, peligrosa costa
próximo busques...

No sólo como trozo poético soberbio podía presentarse aquella oda, sino también como modelo de sana y verdadera filosofía que nos enseña á conservar la igualdad de ánimo en la próspera y en la adversa fortuna... ¡Como todas las del insigne vate!... ¡Lástima que no pudiéramos gustarlas en su propio idioma, lo que nos recomendaba para cuando fuéramos hombres!... Por su parte, Horacio y Espronceda, de quien también copiamos y aprendimos diversos fragmentos y composiciones enteras, eran los únicos que supieron dar á su lira el más noble y decoroso empleo...

Yo he meditado después, cuando formalicé mis estudios literarios, este juicio de don Claudio Berlanga y Sánchez de las Rozas, que sorprenderá seguramente á los aficionados más aún que á los inteligentes. ¡Hermanar á Espronceda con Horacio! ¿Es posible? Yo siempre los tuve por distintos; más aún, por antípodas... Pero don Claudio, enjuiciando las intenciones, aseguraba que el poeta español hubiera cantado también en la madurez de su vida, de haber llegado á ella, esa tranquilidad serena del vivir intenso que persiguió afanoso como todo hombre que ha tenido una juventud inquieta y ardorosa; así como en algunas composiciones de Horacio latén los mismos entusiasmos que se admiran en casi todas las del autor de *El diablo mundo*.... Y aunque se los considere sin relación alguna, ambos eran dignos respectivamente de la mayor admiración, por haber cantado las verdaderas cosas que engrandecen la vida: Horacio la ecuanimidad del espíritu; Espronceda la Patria, la Libertad, el Amor...

— Con cierto conocimiento de causa — nos dijo un día inolvidable —, yo creo, señores, que en el mundo no ha habido más que tres poetas que merezcan ser considerados como tales... No desconozco los méritos de cuantos han enaltecido nuestro Parnaso y el de otras naciones. Pero poetas, verdaderamente dichos, en la más pura y grande significación de tan alta palabra, no ha habido más que tres. Uno, Horacio; otro, Espronceda; y otro... cuyo nombre no cito, por modestia...

A lo que nosotros, adivinándole, dijimos á coro palmoteando, mientras él inclinaba humildemente la cabeza:

— ¡Ha sido usted! ¡Ha sido usted!

¿Cómo olvidar á quien nos abre un horizonte bello, tras el cual hemos corrido ansiosos redoblando el esfuerzo y con él las esperanzas, cuanto mayores eran las dificultades?... Yo no olvidaré jamás al querido maestro á quien aquí recuerdo, á quien he recordado tantas veces... Si acaso existe, y si por una de esas casualidades de la vida caen estas páginas en sus manos, llévenle un viento de gratitud que ore y que refresque su marchita frente... Sepa también por ellas una noticia, que le hará pensar en los tiempos evocados: aquellos versitos que le presenté cierto día memorable — acaso el más trágico de su historia — aquellos versitos que él me celebró tanto «porque demostraban unas aptitudes poco comunes en mi edad», estaban inspirados por la menor de sus hijas, por la encantadora María, de quien estuve enamorado perdidamente.

El caso es, que de tanto escuchar el elogio de la Poesía y oír las excelencias de la Retórica, me decidí ya por entonces á practicarla, con tal suerte, que por ella sentí los primeros halagos de la vanidad. Y empecé á tomar una terrible ojeriza á las ciencias exactas, físicas y naturales que, gracias á Dios, conservo todavía. No pude lanzarme desde luego francamente por tal camino, porque mis padres no tenían el mismo entusiasmo que don Claudio por la carrera de Filosofía y Letras, y me hicieron emprender la de Derecho; pero mi afición creció de tal modo, que al poco tiempo todos mis códigos se ahogaron en las aguas de Helicon...

Si; quise practicar las lecciones de don Claudio... Cuando por las noches me recluía en mi cuarto, ya no era, como antes, el estudio lo que me embargaba... Ahora dedicábame al repaso de algunos de los versos copiados, y también á fabricarlos por mi propia cuenta. Y hacía ensayos, apuntaba frases, esbozaba planes y trazaba mil proyectos de sonetos, odas y hasta de poemas... No era del todo puro mi deseo, lo declaro con franqueza. No pretendía escribir versos por el solo placer de escribirlos, como cumple al verdadero poeta. No; quería escribirlos nada menos que para publicarlos, y porque me sirvieran también para el logro de mis aspiraciones amorosas.

Debo decir que en casa recibíamos un diario llamado *La Estafeta*, cuya suscripción fué un compromiso de mi padre, y que en él se anunció, y se cumplió, una reforma verdaderamente fantástica. Todos los domingos, en efecto, publicaba *La Estafeta* una *Página literaria*, escrita por los hijos de los suscritores... (Pongo suscritores, respetando la ortografía de la época, pues aun no había entrado la *p* en el sustantivo y sus derivados.) Desde que vi la primera hoja llena de versos y de artículos, y debajo de las respectivas firmas, entre paréntesis, la edad de sus autores como un título de gloria (doce años), (trece años), (catorce años), el demonio de la publicidad empezó á tentarme y me juré aumentar la lista de los precoces colaboradores... ¿Y qué mejor asunto que el amor, si, según don Claudio, esta es una de las verdaderas cosas que engrandecen la vida?... ¡Espronceda me ampare!... Por fortuna, yo estaba enamorado. Sí; desde que vi á María, prendéme de sus gracias, y quise buscarlas siempre y lo procuré en muchas



ocasiones. Lamentaba muy de veras que se hubiese terminado tan pronto la intimidad entre nuestras familias, y solía asomarme al balcón y á las ventanas del patio para verla y hablarla un instante. A veces contemplábala embobado, procurando que ella no me viese, cuando iba y venía empenada en las labores caseras. Y á veces también presentaba sin necesidad una perifrasis á don Claudio, por ver si me la encontraba en el pasillo... No sabía, en verdad, si ella mostraríase dispuesta á corresponderme, porque nunca la dije palabra de mis pretensiones. Y ahora mucho menos, para que así aumentase el tormento de la pasión, objeto principal de mi canto. . . El verdadero amor es tímido y callado, como se sabe. . . ¡Silencioso y recogido era el mío, que iba por fin á lanzarse por la vía poética, sin duda la más propicia para mos-

trar su fuego! . . . Salieron, en fin, los versos, después de muchos tanteos y vacilaciones, presididos por el pensamiento de mi amada.

A MARIA

Feliz, hermosa niña,
la juvenil edad de mis amores,
en que yo, sin quebrantos,
contemplé los encantos
de que estaba poblada la campiña,
¡dulce mansión de amantes ruiseñores! . . .

No recuerdo más; pero con esto basta para que se comprenda la filiación poética de mis primeros años, que yo no he comprendido todavía. . . Por el aire de desengaño que corre por esa estrofa, y por su nostalgia del paisaje, creo que puedo ser considerado como un precursor de ciertos matices con que se envanece la poesía contemporánea. . .

¡Quién tuviera la fantasía necesaria para evocar la grandeza de los triunfos por la Historia recogidos en sus páginas inmortales!... Yo no puedo, saber lo que sentiría Guttenberg al presentar la inmensa circulación de todas las majaderías humanas, gracias á su invento maravilloso; ni lo que pensaría Parmentier al imaginar el cultivo de la patata; ni lo que gozó el poeta Cairasco de Figueroa al descubrir la combinación esdrújula que figura en nuestro Parnaso por derecho propio. Lo que sí aseguro es que ni éstos ni ningún otro de los bienhechores de la humanidad, quedarían más satisfechos de su obra que yo quedé cuando di por terminado mi trabajo... Leí mis versos repetidas veces, los oculté entre las páginas de la *Agricultura* de Abela para que nadie los viese y su virginidad no se disipara; y al siguiente día de su confección los copié con letra clara y cuidadosa, enviándolos al señor Director de *La Estafeta* con las oportunas indicaciones, no sin quedarme con un borrador por si acaso la carta se extraviaba... Aquellos días estuve intranquilo, nervioso, como quien vive en vísperas de un suceso extraordinario; pero al mismo tiempo tenía en clase cierta gravedad, un instintivo aire de suficiencia, producto de aquel secreto cuya revelación causaría el asombro de mis compañeros... Y el domingo, levantándome más temprano que de costumbre, pasé toda la mañana preguntando en casa:

— ¿No ha venido *La Estafeta*?

Hasta que por fin, cerca de las doce, el ansiado periódico apareció por debajo de la puerta, y lo desdoblé con ansia y vi en su *Página literaria* mis versos firmados con mi nombre y mis dos apellidos, y bajo ellos mi tierna edad entre paréntesis... ¡Ay!... ¡Quién pudiera escribir ahora unos versos *A María* y enviárselos al señor Director de *La Estafeta*!

A la familia le gustaron casi tanto como á mí, y ya saboreaba yo por anticipado el efecto que habían de causar entre mis discípulos, si bien tenía algún temor al juicio crítico de don Claudio... Quizá por eso, aunque pensaba mostrárselos inmediatamente al subir el lunes por la tarde á la Academia, vacilé mucho rato con el periódico doblado en el bolsillo, hasta que al fin, después que él nos hubo explicado una vez más la canción, «especie de poemita dedicado á expresar sentimientos tiernos ó afectos amorosos», me decidí á presentarle el fruto de mis desvelos, no sin el temor que puede suponerse quien haya pasado por semejante trance...

Don Claudio los leyó en voz baja, mientras los muchachos me asediaban con sus miradas llenas de preguntas, que yo resistía triunfador; y después me dijo suavemente:

— ¡No está mal!... ¡No está del todo mal!... Demuestra usted unas aptitudes poco comunes á su edad... Aunque más bien que «Canción» propiamente dicha, la composición de usted pudiera ser considerada como elegíaca por los tratadistas que buscan en el género cierta melancólica languidez. No soy yo de estos. Yo creo que en la elegía debe haber acentos de hondo y sincero dolor, y que sólo ha de inspirarse en una desgracia verdaderamente irreparable... irreparable... irreparable...

Reclinó la cabeza en la pared y se quedó dor-

mido... En verdad que la tarde convidaba al sueño. Hacía un calor pegajoso, irresistible... El reflejo del sol en la pared de enfrente llegaba de rechazo hasta nuestra sala, colándose por las maderas de los balcones entornados. La puerta estaba abierta de par en par, esperando un poco de aire bienhechor que hiciese soportable aquellas horas caniculares... Pero sólo se colaban por allí algunas moscas bulliciosas, en busca de un descanso á sus molestas peregrinaciones... Una de ellas, zumbando con su acostumbrada monotonía, paróse brevemente en el gorro de don Claudio, recorrió después parte de su cara serena y beatífica, y se posó por último sobre la *Página literaria* de *La Estafeta*, quizás á ennegrecer los versos áureos de mi canción *A María*.

VIII

Apenas empezó á consolidarse la siesta de don Claudio, me vi rodeado por todos los compañeros, deseosos de descifrar aquel misterio.

— ¿Qué es eso?... ¿Quieres decirnos de qué se trata?...

Hablaban callandito para no despertar al durmiente, y yo les respondí en el mismo tono, con aire petulante, como si quisiera quitar importancia al suceso:

— ¡Pchs!... ¡Nada!... Una poesía que acabo de publicar en *La Estafeta*.

Sólo sentía que no estuviesen presentes dos condiscípulos, á los cuales mi triunfo hubiera molestado, de seguro: Repullido, que se daba demasiado tono con nosotros porque se sabía sin un punto todos los ejemplos puestos en clase, por lo cual gozaba de ciertas preferencias retóricas del profesor, y Juan José Iglesias, el *Zángano*, á quien por su cualidad de mayor me hubiese gustado humillar en nombre de los pequeños. Repullido faltaba ya tres ó cuatro días á la Academia por enfermo, y el *Zángano* se había fumado la clase aquella tarde para no olvidar su costumbre.

De todos modos, mi vanidad tenía bastante para satisfacerse con la admiración de los demás, los cuales oyeron con verdadero asombro mi declaración.

— ¡Una poesía! ¿Pero es tuya de veras?

— ¡Claro!... ¿De quién iba á ser? — respondí, con la misma fingida indiferencia.

— ¿Y la has publicado en un periódico?

— Sí... ¿Qué tiene eso de particular?...

Todos miraban á la mesa, donde yacía el testimonio de mi superioridad incontestable.

Con mucho cuidado, andando de puntillas y tomando toda clase de precauciones, cogí *La Estafeta* y volví al grupo, al que mostré, antes que nada, mi firma y su apéndice entre paréntesis. Y no queriendo retrasar más tiempo la dicha de encantar al prójimo, comencé á leer despacio y quedamente:

¡Feliz, hermosa niña,
la juvenil edad de mis amores!

Pero... ¿qué era aquello?... ¿Qué sucedía?... Sentimos de pronto abrir violentamente las maderas y después los cristales del balcón del gabinete del piano, y merced á la claridad que súbita iluminó aquella estancia, vimos á través de los visillos la

figura de María, que se asomó dos ó tres veces con ansiedad á la calle, y casi simultáneamente la oímos gritar: «¡Mamá!, ¡mamá!» Quedamos paralizados, suspendiendo la lectura... María gritaba, corriendo por el pasillo, «¡mamá!... papá!», y bien pronto apareció en la clase muy sofocada, con verdadera excitación, blandiendo en su mano derecha una carta, como si fuera una espada vengadora...

A sus voces don Claudio despertó sobresaltado, y con la ligera vergüenza que sentía siempre que le sorprendíamos descabezando un sueñecito; esta vez aumentada porque, al hacer el movimiento para incorporarse, le quedó el gorro sobre la nariz y estuvo á punto de que se le cayera al suelo. La llegada y las voces de su hija pusieron en su voz cierta dureza, pues tenía mandado que jamás se le interrumpiera en sus labores, salvo en el momento de la acostumbrada refacción...

— ¿Qué es eso? ... ¿Qué sucede?

María, sin reparar en el gesto ni en el tono con que su padre la preguntaba, le contestó con voz trémula, enseñándole la carta:

— Mira... mira... ¡Lola se ha escapado... se ha escapado con su novio!... Estábamos durmiendo la siesta... ¡Ya me lo sospechaba yo!... Aquí lo dice. «Me voy con él... Perdonadme.»

— ¡Pero tú estás loca!... Eso no puede ser.

¡Esta vez sí que era verdaderamente grave, dura, enérgica la voz de don Claudio! Y era también el único momento en que le vimos no hacer caso de nosotros, que en el mismo rincón donde nos sorprendió el principio de la escena permanecíamos sin movernos y casi sin respirar.

— ¿Y tu madre? ¿Dónde está tu madre? — dijo después con el mismo tono.

Y abandonando su sitio magistral, salió seguido de la muchacha, gritando por el pasillo:

— ¡Juana! ... ¡Juana! ...

Sentimos entonces un ruido seco, cortado, como de una persona que tropezara en los muebles, en el gabinete ocupado por el *Zángano*, cuya obscuridad no era penetrable desde las herméticas vidrieras que daban á la sala... Nos miramos unos á otros, y ¡el Señor nos perdone si pensamos todos en una catástrofe lamentable! Agazapados junto al quicio de la puerta, aguzando los oídos, conteniendo la respiración, procurábamos enterarnos del final presentido, ya que no nos atrevíamos, respetuosos, á marchar detrás del maestro.

Oímos, efectivamente, abrir la puerta de esca-

pe, y en seguida la voz alterada de doña Juana que preguntaba lo que ocurría... Así que se enteró del suceso, gritó también.

— ¡Mi hija! ... ¡Mi hija! ... ¡Ese infame! ...

María, por su parte, lloraba verdaderamente apenada.

— ¡Mamá, mamá!

Pero don Claudio las impuso silencio con un ¡chis!, añadiendo con acento que nos pareció nuevo:

— ¿Dónde estabas? ... ¿Qué hacías?

Contestó doña Juana un poco temblorosa:

— Aquí... Arreglando... ¡Como no hay muchacha! ...

Y con disimulada serenidad:

— Supongo que no te atreverás á suponer...

El repuso con definitiva dureza:

— Señora... Recuerde usted lo que dijo el emperador que también se llamaba Claudio: «No basta ser honrada; es preciso parecerlo.»

Todo esto fué casi instantáneo... Nosotros, sin atrevernos á hablar, nos tocábamos con los codos sin más comentarios. Y pronto deshicimos el grupo, acomodándonos en los bancos, al sentir á don Claudio de vuelta... Yo coloqué otra vez rápidamente *La Estafeta* encima de su mesa.

Volvió el maestro con pausa, y entró en la clase pasándose el pañuelo por la frente. Dirigióse al sillón, y en él se acomodó con desasosiego. Estaba muy pálido. Revolvió los papeles y los libros de la mesa con temblorosa mano, tosió dos ó tres veces, y nos dijo aparentando una tranquilidad que en vano procuraba hacer sincera como siempre:

— Ustedes dispensen, señores... Decíamos que en la elegía debe haber acentos de hondo y sincero dolor, y que sólo ha de inspirarse en una desgracia verdaderamente irreparable... irreparable... Tal como, por ejemplo... un supremo desencanto amoroso... la muerte de una hija... Por cierto que... estando yo de gobernador en Huesca...

No pudo continuar. Las palabras se le anudaban en la garganta, y de sus ojos nublados se desprendieron dos lágrimas enormes, que rodaron por sus mejillas hasta perderse en los bigotes...

Todos le contemplamos sobrecogidos, temblando de emoción... Y algunos quizás sintieron lo que yo... ¡Qué demonio! ... ¿Por qué no confesarlo?... Yo sentí un deseo de romper á llorar... como lo que era... ¡como un chiquillo!...

Aut: Palmera

FIN

El Cuento Semanal

PUBLICA EN SU NÚMERO PRÓXIMO
ÚLTIMOS MOMENTOS
DE MIGUEL SERVET

Novela histórica, por Pompeyo Gener

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1.º Desencanto (novela), por Jacinto Octavio Picón.
- 2.º La sonrisa de Gioconda (bocetos de comedia), por Jacinto Benavente.
- 3.º Aventura (novela), de G. Martínez Sierra.
- 4.º La cita (novela), por Eduardo Zamacois.
- 5.º La guitarra (drama en tres actos, y en prosa), por Salvador Rueda.
- 6.º La maldita culpa (novela), por Antonio Zozaya.
- 7.º Cada uno... (novela), por Emilia Pardo Bazán.
- 8.º Una letra de cambio (novela), por Joaquín Dicenta.
- 9.º Reveladoras (novela), por Felipe Trigo.
10. El alma viajera (novela), por José Francés.
11. La caravana (novela), por Eduardo Marquina.
12. La soledad del campo (novela), por Juan Pérez Zúñiga.
13. Del Rastro á Maravillas (novela), por Pedro de Répide.
14. Guillermo el apasionado (novela), por Manuel Bueno.
15. La espuma del champagne (comedia en un acto), por M. Linares Rivas.
16. Ni amor ni arte (novela), por Pedro Mata.
17. Un sueño (novela), por Amado Nervo.
18. Historia de una reina (novela), por Alejandro Sawa.
19. El milagro de las rosas (novela), por Francisco Villaespesa.
20. La madrecita (novela), por S. y J. Álvarez Quintero.
21. El fin de una leyenda (novela), por Sinesio Delgado.
22. De corazón en corazón (novela), por E. Ramírez-Angel.
23. La conquista del jándalo (novela), por Alejandro Larrubiera.
24. Las Tres Reinas (novela), por Mauricio López-Roberts.
25. El tesoro del castillo (novela), por Carmen de Burgos Seguí (Colombine).
26. ¡Por malas! (novela), por F. Serrano de la Pedrosa.
27. Pompas de jabón, por Pablo Parellada.
28. Artemisa (novela), por Ramón Pérez de Ayala.
29. La leyenda del gaucho (cuento argentino), por Manuel Ugarte.
30. Deuda pagada (narración histórica), por Mariano Vallejo.
31. La Moruchita (novela), por Arturo Reyes.
32. Al „jallo" (novela), por Angel Guerra.
33. Santificarás las fiestas (novela), por Rafael Leyda.
34. Luna, lunera... (novela), por Cristóbal de Castro.
35. Almas errantes (novela), por Ricardo J. Catarineu.
36. Confesión (novela), por Francisco F. Villegas (Zeda).
37. Cómo murió Arriaga (novela), por Claudio Froilo.

Obras de Antonio Palomero

Los padres de la patria. - Versos políticos.
Trabajos forzados. - Cancionero de „Gil Parrado". - Mi bastón y otras cosas por el estilo. - Coplas de „Gil Parrado".

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE

El libro de los elogios. - El fondo de mi vaso.

„El Cuento Semanal" se vende en los siguientes puntos:

Buenos Aires. — Camilo Villaró, Buen Orden (esquina Independencia).

México. — Valentín del Pino, Espalda de los Gallos 3 y Eusebio González de la Puente, Nuevo México 1.

Habana. — Jaime Benavent, Bernaza 48, y José López Rodríguez, Obispo 133.

París. — Librairie Française, Rue San Agustín 37.

Biarritz. — Rafael Riquelme, Antiquités.

San Juan de Luz. — José González Font, Librería Internacional.

Londres. — A. Donderis, 99ª Charing Cross Road W. C.

Porto. — Sebastián Vieira, Praça Dom Pedro 8.

Espinho. — Antonio Oliveira, Tabacaria Do Chiado.

ENCIÁS ROSADAS COMO EL CARMÍN Y NACARADO MARFIL EN LA DENTADURA SE TIENE SIEMPRE CON EL MEJOR DENTÍFRICO VEGETAL LICOR DEL POLO



Carlos Coppel
FÁBRICA DE RELOJES
Fuencarral, 27.
CATÁLOGO GRATIS

EPILEPSIA

ó accidentes nerviosos
CURACIÓN RADICAL
aun en los casos en que
fracasa la medicación
polibromurada, con las
Pastillas Antiepilépticas de Ochoa

No quitan el apetito
No deprimen
Cortan rápidamente
los accesos

Perfume **CAKE - VALK Ruy - Ram**

EL MÁS NUEVO Y PERMANENTE  Pídense en todas las perfumerías

FÁBRICA DE CORBATAS

CHMISHS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

PRECIO FIJO ~ 12, CAPELLANES, 12 ~ PRECIO FIJO

VESICALINA

Su fama es universal en la curación brevísima y radical del Catarro de la vejiga. Suprime en absoluto la sonda.

~ ~ ~ VENTA: Depósitos de específicos y farmacias ~ ~ ~

RECOMENDAMOS, POR SUS PRECIOS Y NOVEDADES,
LA JOYERÍA DE M. GONZÁLEZ — MONTERA, 22.

NO HAY AGUA DE COLONIA TAN DELICIOSA Y BARATA
QUE SUSTITUYA LA DE ORIVE. DESDE 3 Rs. FRASCO

FRANCÉS, INGLÉS, ALEMAN, RUSO.

Lecc. part. y gen. desde 10 ptas. Trad. lit. y de docum. Correspondencia comercial á domicilio desde 15 ptas. Mr. Bark. Alcalá, 12.

Kiosco de „El Cuento Semanal"

ALCALÁ 31 (ACERA DE APOLO)

Se admiten suscripciones y anuncios. * Se venden números atrasados. * Cuantos deseen comunicar con esta Revista, pueden dirigirse á nuestro Kiosco.

Librería Hispano-americana de Gregorio Pueyo

MADRID - Mesonero Romanos 10 - MADRID



AUTORES MODERNOS



OBRAS EN PROSA

Ptas.	Ptas.	Ptas.	Ptas.
Acebal (Francisco) Huella de almas (novela). 2.—	sobre la alquimia y sus adeptos. 2.—	Otras vidas (novelas cortas). 3.50	Memorias de un patriota . 1.—
Alarcón (Mariano) Obras de teatro. — Tomo I: Moisés contemporáneo. Contiene: El éxodo; En el desierto; La tierra de promisión. . . 5.—	Heredía (Rafael) A toda máquina. 1.50	Ramos (Fernando) y Bravo (Marcelino) Alma y carne (novela extrema). 2.—	La estatua de nieve. 1.—
Tomo II: Del dolor al olvido. Contiene: Rescatada; Rayo de sol; La fuerza de la corriente. . . 5.—	Hoyos y Vinent (Antonio) Frustración (novela). . . 3.50	Répide (Pedro de) La enamorada indiscreta. Agua en cestillo. — No hay fuerza contra el amor (tres novelas en un tomo). 3.—	La copa de veneno. 1.—
Arce (Francisco de) Pasiones (cuentos). . . 2.—	Huertos (Luis G.) Hampa (novela). 2.—	Ródenas (Miguel A.) Tierras de paz. 3.—	El paraíso de los pobres. 1.—
La calatrava (novela). . . 3.—	Iglesia Varo (Antonio de la) Angustias Salazar (novela). 3.—	Rusñol (Santiago) Pájaros de barro. 5.—	La hija del fango. 1.—
Arévalo (Joaquín) Misterios del lupanar (novela). 1.—	Larrubiera (Alejandro) Camino del pecado (novela). 2.—	Desde el molino (impresiones de arte). 5.—	Historias de amor. 1.—
Bark (Ernesto) Filosofía del placer. . . 3.—	López de Haro (Rafael) En un lugar de la Mancha (novela manchega). 2.—	Desde el molino (edición económica). 1.—	El asesino de Lázara. . . 1.—
La invisible 3.—	Dominadoras (novela madrileña). 3.—	Vida y dulzura (comedia). 2.—	Suarez de Puga (Antonio) Pan de centeno (novela gallega). 2.—
Barriobero y Herrán (Eduardo) Cervantes de levita (crítica social). 1.—	Martín Ruiz (Leocadio) Tierra sultana (prosas). 1.50	Buena gente (comedia en cuatro actos). — El enfermo crónico (comedia en un acto). 5.—	Trigo (Felipe) Las ingenuas (novela pasional, dos tomos). . . 7.—
Misterios del mundo (Filosofía del suicidio). . 1.—	Martínez Sierra (Gregorio) Teatro de ensueño. . . 4.—	La fea (drama en tres actos). — El buen policía (comedia en dos actos). 5.—	La sed de amar (novela). 3.50
Don Quijote de la Mancha (comedia lírica). . . . 3.—	Motivos 5.—	Salazar (Rodolfo) Remedios y Frasqueteta (novela alicantina). . . 0.50	Alma en los labios (novela). 3.50
Guerrero (novela madrileña). 2.—	La tristeza del Quijote . 4.—	Risas y lágrimas (novela en cuatro capítulos). . . 0.50	Del frío al fuego (ellas a bordo), novela. 3.50
Bueno (Manuel) Almas y paisajes (cuentos) 2.50	Sol de la tarde 3.50	Sassone (Felipe) Malos amores (novela). . 1.—	La altísima (novela). . . 3.50
Camba (Francisco) Camino adelante (novela) 2.—	Hamlet y el cuerpo de Sarah Bernard 2.—	Sawa (Miguel) Ave femenina. 1.—	El amor en la vida y en los libros. 3.—
Dicenta (Joaquín) De piedra a piedra (cuentos). 3.—	Pascua Florida 2.—	Siles (José de) La novia de Luzbel. . . . 1.—	Socialismo individualista. 3.—
Crónicas 2.—	Diálogos fantásticos . . 2.—	La casa de la alegría . . . 1.—	Valle-Inclán (Ramón del) Sonata de primavera (novela). 2.—
D'ors (Eugenio) La muerte de Isidro Nonell (Narraciones arbitrarias) 3.—	Martínez-Ruiz (José) Los hidalgos (La vida en el siglo XVII). 1.50	El lobo y la oveja 1.—	Sonata de estío (novela). 3.50
González Anaya (Salvador) Rebelión (novela). . . . 3.50	Muñoz (Isaac) Vida (novela). 1.—	Acuarelas del redondel . 1.—	Sonata de otoño, ídem. 3.50
Los alquimistas . Estudio	Voluptuosidad , ídem. . 3.—	Cielos y abismos 1.—	Sonata de invierno, ídem. 3.50
	Alma infanzona , ídem. . 3.—		Flor de santidad, ídem. . 2.—
	Mürger y Barrière La bohemia (comedia en cuatro actos). 2.—		Aguila de Blasón, ídem. 3.50
	Nervo (Amado) Almas que pasan (últimas prosas). 3.50		Jardín novelesco. — Historias de santos; de almas en pena; de duendes y de ladrones. 3.50
			Jardín umbrío. 0.75
			Vidal (Pepita) Cosas que pasan (prosa ligera). 2.50
			Zamacois (Eduardo) Río abajo. 3.—
			Punto-negro (novela). . . 3.—
			Desde el arroyo. 1.—
			Tik-Nay. El payaso inimitable. 3.—

OBRAS EN VERSO

Ptas.	Ptas.	Ptas.	Ptas.
Abril (Manuel) Canciones del corazón y de la vida. 2.—	García Valenzuela (G.) Rumor de notas. 2.—	Nervo (Amado) Poemas. 5.—	Siles (José de) Los fantasmas del mundo 1.—
Bachiller Canta-Claro (El) Los señores diputados: 400 semblanzas en verso, con un prólogo de Galdós. 3.—	Gil Asensio (Federico) Como la vida. 1.—	Perlas negras 5.—	El diario de un poeta. . 1.—
Barrantes (Pedro) Tierra y cielo. 3.—	Godoy y Solá (Ramón de) Aspiraciones. 2.—	Ortiz de Pinedo (José) Dolorosas. 2.—	Musa retozona. 1.—
Briga (Augusto) Mundanas. 3.—	González Anaya (Salvador) Medallones. 2.—	Poemas breves 2.—	El carnaval eterno. . . 1.—
Castro (Cristóbal de) El Amor que pasa. . . . 3.—	Cantos sin eco (prólogo de Manuel Reina). . . 2.50	Huerto humilde 3.—	Valenzuela (José de) Almas y cármes. 6.—
Carrere (Emilio) Románticas. 1.—	Jiménez (Juan R.) Ninfeas. 5.—	Ory (Eduardo de) La primavera canta. . . 1.50	Valle-Inclán (Ramón del) Aromas de leyenda. . . 3.—
Chocano (José Santos) Los conquistadores (drama heroico). 2.—	Jardines lejanos 3.50	El pájaro azul 1.50	Varios autores . La Corte de los poetas: Florilegio de rimas modernas. . . 4.—
Diez Canedo (Enrique) Versos de las horas. . . 2.—	Rimas 3.—	Pujol (Juan) Ofrenda a Astartea. . . 2.—	Verdugo (Manuel) Hojas. 2.—
Fabra (Nilo) Interior. 3.—	Almas de violeta 2.50	Répide (Pedro de) Las canciones. 3.—	Vidal (Pepita) Lira andaluza. 3.50
Fortún (F.) Ingenunamente. 2.—	López Alarcón (Enrique) Constelaciones. 3.—	Libertad 1.—	Cosas que pasan. . . . 2.50
	Llanos (Américo) A flor de alma. 3.—	Las canciones de la sombra 3.—	Vibraciones. 1.—
	Machado (Antonio) Soledades y otros poemas 3.—	Rosado Vega (Luis) Alma y sangre. 8.—	Villaespesa (Francisco) Tristitia rerum. 3.—
	Machado (Manuel) Alma-Museo-Los cantares. 3.—	Sensaciones 3.—	Las canciones del camino 2.—
	Caprichos 3.—	Salazar (Rodolfo de) Ecos del alma. 2.—	Carmen. 2.—
	La fiesta nacional 0.75	Sánchez Rodríguez (José) Alma andaluza. 2.—	Rapsodias. 2.—
		Sherif (Leonardo) Versos de Abril. 2.—	Zayas (Antonio de) Joyerías bizantinas. . . 4.—
			Noches blancas. 4.—
			Leyenda. 4.—

Los pedidos, acompañando su importe y 0,25 para certificado, a nombre de

Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos 10 - MADRID.

Imprenta Artística de José Blass y Cía.
Calle de San Mateo, núm. 1 - Madrid.